

J. E. Hartzenbusch

# Los amantes de Teruel



ELEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE  
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **LOS AMANTES DE TERUEL**

**JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH**

**PUBLICADO: 1837**

## **PERSONAJES**

**DON JUAN DIEGO MARTÍNEZ GARCÉS  
DOÑA ISABEL DE SEGURA  
DOÑA MARGARITA  
DON RODRIGO DE AZAGRA  
DON PEDRO DE SEGURA  
DON MARTÍN GARCÉS DE MARSILLA  
ZULIMA  
MARI-GÓMEZ  
ADEL  
ZEANGIR**

## **TRES BANDIDOS**

**SOLDADOS MOROS, DAMAS, CABALLEROS, CRIADOS,  
BANDIDOS, UN VERDUGO, UN BARQUERO.  
EL PRIMER ACTO PASA EN VALENCIA, Y LOS DEMÁS EN TERUEL**

## **AÑO 1217**

### **ACTO I**

Dormitorio magníficamente adornado a usanza morisca. A la derecha, una cama del mismo gusto, inmediata al proscenio; a la izquierda, un bufete de dos cuerpos con entalladuras arábescas, y más arriba, una ventana con celosías y cortinajes. Puerta grande en el fondo, y una pequeña a cada lado.

## **ESCENA I**

ZULIMA: , ADEL, MARSILLA, adormecido en la cama.

ZULIMA: Tú eres el único depositario de este secreto.

ADEL: Sultana, recias son las llaves de los calabozos, y en veinte años no se me han hecho pesadas; ligera es ésta del harem que hoy me das, y ya me descoyunta la mano.

ZULIMA: Y ¿por qué? ¿No es llave también de una cárcel?

ADEL: En la cárcel donde se gime, puede el carcelero recibir mil huéspedes sin peligro; pero en la cárcel donde se goza, si da entrada a más de uno, ya puede despedirse de su cabeza.

ZULIMA: ¿Rehúsas ahora servirme?

ADEL: Señora, ya sabes tú que no puedo rehusarlo. El ínclito Amir Zeit Abenzeit, que Alá prospere, dijo a sus siervos al partir de Valencia: obedeced a nuestra esposa Zulima como a mí mismo mientras yo me detenga en Murcia.

ZULIMA: Debes obedecerme.

ADEL: Así lo he hecho, y así lo haré. Pero tor-  
nará a Valencia el Amir; y si amanece un día  
aciago en que las piedras hablen, me dirá el  
querido del profeta: ¿Por qué has introducido  
en nuestro real harem a un perro cautivo? Yo  
podré responderle que así lo mandó la sultana

Zulima; pero tal excusa no librará al introductor de ser azotado, desorejado, y acañavereado o quemado vivo. Yo quisiera evitar esto, salvo tu parecer.

ZULIMA: ¡Maldígate Alá, vaticinador de desastres! ¿La llama del suplicio nombras delante de quien arde en la del amor?

ADEL: Como una puede conducir a otra...

ZULIMA: ¿Juzgas que he descuidado nuestra seguridad? Ausente el rey, nadie penetra en estas habitaciones. Ramiro se hallará aquí tan aislado, tan ignorado como cuando yacía bajo tu custodia en la mazmorra más profunda de la alcazaba. Además, tú propio me dijiste que si permanecía allí dos días iba a expirar.

ADEL: Verdad te dije: pero harto mejor hubiera sido callar hasta pasado mañana.

ZULIMA: Tú entonces le hubieras acompañando en la tumba.

ADEL: Peligros por un lado, perdición por otro. Está visto que mi suerte se halla enlazada con la de ese buen idólatra: cúmplase lo que está escrito. Tarda mucho en volver en su acuerdo.

ZULIMA: Tarda demasiado. ¿Si te excederías en la dosis del narcótico?

ADEL: No sabemos a qué hora lo tomaría. Yo le descolgué anoche la vasija, pero no le envié gana de beber al mismo tiempo. Y como le tiene tan debilitado la enfermedad... Por la torre de la Caaba, señora, que el objeto de tus bondades más bien debe inspirar lástima que amor.

ZULIMA: Lástima fue la que me condujo a amarle. Veíale yo en el jardín del serrallo cargado de pesados hierros, tal vez insuficientes a sujetar sus brazos indómitos; al pasar delante de mis celosías, notaba yo la palidez de su no-

ble rostro; oía sus suspiros, las palabras incoherentes, únicas con que interrumpía su tétrico y porfiado silencio. ¿Por qué suspiras?, solía yo decirle detrás de los cortinajes de las ventanas. Soy esclavo, me respondió siempre.

ADEL: ¡Cuánto aman los cristianos a su patria!

ZULIMA: Veneno brotan todas tus expresiones, Adel. Pero te engañas, vaso de malicia, te engañas en tus mezquinas sospechas. Ramiro no suspira por una querida; Ramiro no ha tenido amores en su patria; aquel pecho altivo no es capaz de rendirse a un amor ordinario, un amor de cristiana; sólo un amor de África, ardiente como el sol, que hace carbón el cutis, pudiera inflamarle. Ramiro es un caballero de ilustre cuna: bien lo prueba la joya que ocultaba en el seno. Criado en la opulencia, habituado al poder, ¿no ha debido hallar la servidumbre cruelísima, insoportable? Por eso ha hecho tantas tentativas para evitarla.

Segura estoy de que cuando me lean ese lienzo que le hemos hallado, escrito en español con su sangre, o cuando consienta en declarar su cuna, oiremos uno de los apellidos más ilustres de España. ¿No murieron de pesadumbre algunos de los caballeros que aprisionó Yacob en la batalla de Alarcos? ¿No los mató su orgullo? ¿Por qué no ha de ser Ramiro orgulloso como ellos? ¿Por qué más bien ha de ser amante? ¡Desdichado él entonces! ¡Desdichada yo! Si tanta aflicción, tantos esfuerzos por alcanzar la libertad, tanta indiferencia conmigo, tuvieran su origen en el amor, ¿qué amor igualaría al suyo? Ramiro, despierta para calmar mi recelo: dime si quieres que no me amarás nunca, pero júrame que nunca has amado.

ADEL: Yo desearía precisamente lo contrario.

ZULIMA: Tú no le conoces: si llegó a amar una vez, aquel amor llenará toda su vida. (Abre, y registra el cuerpo superior del bufete.)

ADEL: A todo esto, él guarda un silencio que puede significar cualquier cosa.

ZULIMA: Creía tener aquí un espíritu que le hiciera volver. Voy a buscarlo.

(Vase.)

## **ESCENA II**

ADEL: La princesa cuidará ahora mucho del cautivo; el cautivo conocerá que debe la vida a la princesa; aunque no sea más que por agrado-cimiento, se rendirá a sus halagos: todos los placeres serán para ellos, y el día del castigo habremos de repartir a tanto por cabeza. Duro es ir por gusto ajeno al precipicio con los ojos abiertos. Pero ¡qué viviente de tan débil instinto es la mujer! ¡Esta Zulima, qué obcecada con el título de reina, ni aun sospecha que haya quien espíe invisible sus pasos, quien interprete sus palabras, y hasta los gestos de su semblante! ¿Si el Amir, por gracia especial, habrá dejado sin ejercicio a sus confidentes africanos? (Abrese la puerta pequeña de la izquierda y aparece ZE-ANGIR.) Ya veo que no.

## **ESCENA III**

ZEANGIR: . ADEL.

ZEANGIR: Os he escuchado.

ADEL: Nos habrás oído...

ZEANGIR: Todo.

ADEL: Y ¿podrás responderme...?

ZEANGIR: A nada. (Diríjese al bufete y lo examina como quien busca alguna cosa y no la halla; llégase a la cama, toma con viveza un lienzo que hay sobre ella escrito con sangre, y lo lee para sí con admiración.)

¡Qué es lo que descubro! (Aparte.)

ADEL: (Aparte.) Hoguera tendremos. (A ZEANGIR.) Dime a lo menos qué ha escrito ahí ese infiel. Deseo saber qué noticias da el cautivo de su persona. Hay quien le crea un príncipe, y yo le tengo por un jayán. Él rompía las más fuertes cadenas, él escalaba las paredes del baño, y jamás trató de rescatarse mediante una buena suma. De aquí infiero yo que es más rico en fuerzas que en oro. El contenido de ese lienzo no exigirá tanto secreto... y en todo caso, carcelero soy; he visto expirar a muchos por habladores, y estoy harto persuadido de la utilidad de ser mudo.

ZEANGIR: Ésa es tu obligación, ser mudo; sobre todo con Zulima. (Deja sobre la cama el lienzo, y se encamina a la puerta por donde

salió.)

ADEL: ¿Y estoy relevado del encargo de obedecerle?

ZEANGIR: Mañana ya habrá cesado ese deber.

ADEL: ¿Y hoy?

ZEANGIR: Puedes servirla. Olvida que me has visto. . cuida mucho de la vida de ese cristiano. (Vase.)

ADEL: ¡Que cuide de él! No dijera más Zulima. Que me empalen si entiendo algo. Por fortuna, para obedecer no es necesario penetrar: cúmplase lo que está escrito.

## **ESCENA IV**

ZULIMA: . ADEL.

ZULIMA: Encarga que busquen entre los cautivos del baño algún alfaquí nazareno que nos sepa descifrar eso. (Señalando el lienzo.)

ADEL: Venga, y lo llevaré.

ZULIMA: Podrá echarlo menos Ramiro. A la noche, durante su sueño, se leerá sin que él lo note. Marcha.

ADEL: De aquí a la noche puede darte Ramiro cuantas noticias solicites. (Aparte.) Pretexto para echarme fuera. (Vase.)

## **ESCENA V**

ZULIMA: . MARSILLA.

ZULIMA: Su pecho empieza a latir.

ZEANGIR: Ya es tiempo: así que perciba...

(Apícale un pomito a la nariz.)

MARSILLA: ¡Ay!

ZULIMA: Volvió.

MARSILLA: (Incorporándose.) ¡Qué luz tan viva!

No la puedo resistir.

ZULIMA: (Corriendo las cortinas de la ventana.)

De aquella horrible mansión  
el triste a las sombras hecho...

MARSILLA: No es esto piedra: -es un lecho.

¿Qué ha sido de mi prisión?

Señora... (Reparando en ZULIMA.)

ZULIMA: Por orden mía,  
en medio de tu letargo  
te trajeron, y a mi cargo  
estás aquí.

MARSILLA: ¡Todavía  
esclavo!

ZULIMA: Cese tu afán.

Serás libre.

MARSILLA: ¿Dónde estoy?

¿Quién eres?

ZULIMA: ¿Quién? -Hija soy...

del alcaide...

MARSILLA: ¡De Merván!

(Dirige una ojeada rápida alrededor de sí; ve sobre la cama el lienzo ensangrentado, y lo esconde.)

ZULIMA: Sí, pero aunque soy mujer,  
mi voz el valor disfruta  
de ley... y nada ejecuta  
Merván sin mi parecer.

Ausente el rey de Valencia,  
de este alcázar la señora  
soy yo, es Zoraida.

MARSILLA: (Aparte.) ¡Traidora!  
¿Si han leído?... ¡Qué imprudencia!  
Yo sus secretos contemplo (A ZULIMA.)  
que Merván fía de ti.

ZULIMA: No los tiene para mí.  
Tú debes seguir su ejemplo.

MARSILLA: Es cómplice. (Aparte.)

ZULIMA: La inquietud  
deja; tu mal cede ya;  
pronto te arrebolará  
el carmín de la salud.

MARSILLA: Mi dolencia necesita  
un remedio...

ZULIMA: Dilo. ¿Cuál?

MARSILLA: Beber el agua natal.

ZULIMA: No habrá medio que se omita,  
con tal que a tu dicha cuadre.

La libertad, un tesoro  
te ofrezco...

MARSILLA: Me basta el oro  
que me ha quitado tu padre.  
Robóme hacienda y ventura  
cuando apresó mi navío.

ZULIMA: Yo satisfacerte fío  
la pérdida con usura.

MARSILLA: ¿Vienes, mujer celestial,  
a dar a mis males fin?

¿Eres algún Serafín  
en figura de mortal?  
Si cabe que satisfaga  
tan inestimables bienes...

ZULIMA: Mujer soy; la prueba tienes  
en que reclamo una paga.

MARSILLA: Si mi eterna gratitud...

ZULIMA: Quiero más.

MARSILLA: Nada poseo...

ZULIMA: (Reparando en una joya que tiene  
MARSILLA al cuello, pendiente de un cordón.)

¿Ese talismán que veo  
no tiene alguna virtud?

MARSILLA: La tienen... para un cristiano.

ZULIMA: ¿Y a mí me podrá dañar?

Déjamela examinar,  
si acaso no lo profano.

MARSILLA: (Dando la joya a ZULIMA.)

Toma, Zoraida; te entrego  
mi único bien, pues al cabo,  
siendo como soy esclavo,  
mal haré si te lo niego.

ZULIMA: Y mal haré yo también  
si te creo agradecido,  
porque mucho te ha dolido  
perder tan pequeño bien.

MARSILLA: Por ti vertiera contento  
mi sangre; mi alma te cede  
toda la parte que puede  
dar el agradecimiento;  
¡y ojalá parte mayor  
te pudiera conceder!

ZULIMA: Eso es mucho agradecer.

¿Quisieras tenerme amor?

Tú pensaste, a lo que entiendo,

que yo afición te tenía.  
Menos vano te creía;  
mas no por eso me ofendo.

MARSILLA: Yo en ti no miro una dama,  
míro una divinidad  
que halla su felicidad  
en los dones que derrama;  
y aquella retribución  
que indicaste...

ZULIMA: Es bien ligera:  
la noticia verdadera  
de tu nombre y condición.  
Los cautivos encubrís  
cosas que quiero me fíes.  
¿No son tus deudos Valíes  
y Jeques en tu país?  
Decláralo, que no soy  
codiciosa de rescates,  
ni eso añadirá quilates  
al valor que yo te doy.

MARSILLA: Siempre fue avara y cruel  
la fortuna con mi casa.

ZULIMA: ¡Ella de haber tan escasa,  
y tú dueño de un bajel  
de oro cargado...!

MARSILLA: ¡Ah, señora!  
si me hubiera la fortuna  
mecido en dorada cuna,  
no fuera tu esclavo ahora.  
Mi apacible natural  
no se hubiera hecho violencia  
para buscar la opulencia  
en la carrera marcial.

ZULIMA: En cada voz tuya miro  
doble misterio encubierto:  
declarate más. ¿No es cierto  
que no es tu nombre Ramiro?

MARSILLA: Mi nombre es Diego Marsilla,  
y cuna Teruel me dio,  
ciudad que ayer se fundó  
del Turia en la fresca orilla,  
cuyos muros entre horrores  
de guerra atroz levantados,  
fueron con sangre amasados  
de sus fuertes pobladores.

Al darme el humano ser,  
quiso sin duda el Señor  
destinar al fino amor  
un hombre y una mujer,  
y para hacer la igualdad  
de sus afectos cumplida,  
les dio un alma en dos partida,  
y dijo: Vivid y amad.

A esta voz generadora  
ISABEL: y yo existimos,  
y la luz del cielo vimos  
en un día y una hora.

Desde los años más tiernos  
fuimos rendidos amantes,  
desde que nos vimos, antes  
nos amábamos de vernos;  
y parecía un querer  
tan firme en almas de niño,  
recuerdo de otro cariño  
tenido antes de nacer.

Ciegos ambos para el mundo,  
que tampoco nos veía,  
nuestra existencia corría  
en sosiego tan profundo,  
en tanta felicidad,  
que mi limitada idea  
mayor no alcanza que sea  
la gloria en la eternidad.  
Mas dicha de amor no dura.

ZULIMA: No, en verdad: sigue; te escucho.  
Me has interesado mucho.

MARSILLA: Pasó el tiempo de dulzura,  
llegó el de pena mortal,  
supe qué eran celos...

ZULIMA: ¡Oh!  
¡pena atroz!, ¡bien lo sé yo!

MARSILLA: Tuve un rival...

ZULIMA: ¿Un rival?

MARSILLA: Opulento...

ZULIMA: ¿Eso más?

MARSILLA: Hizo  
alarde de su riqueza...

ZULIMA: ¿Y sedujo a tu belleza?

MARSILLA: Poco del oro el hechizo  
puede en quien de veras ama;  
mas su padre deslumbrado...

ZULIMA: Dejó tu amor desairado  
y dio a tu rival la dama.

MARSILLA: Le vi, mi pasión habló,  
su fuerza exhalando toda,  
y suspendida la boda,  
un plazo se me otorgó.

ZULIMA: ¿Cómo?

MARSILLA: Si me enriquecía  
en seis años...

ZULIMA: ¿Han cumplido?

MARSILLA: Ya ves que no he fallecido.

ZULIMA: ¿Terminan...?

MARSILLA: Al sexto día.

ZULIMA: ¡Tan pronto!

MARSILLA: Oro me faltaba;  
vuestro Miramamolín  
todo el cristiano confín  
entonces amenazaba.

No podía consagrar  
mi brazo a causa mejor,

y animaba mi valor  
la esperanza de medrar.  
Con licencia de mi hermosa  
seguí a Castilla a mi rey,  
y combatí por mi ley  
en las Navas de Tolosa.

ZULIMA: ¡Lugar maldito del cielo  
donde la negra fortuna  
postró de la media luna  
la pujanza por el suelo!

MARSILLA: La destreza que tenía  
en el bético ejercicio,  
bien que el matar por oficio  
repugnase al alma mía,  
distinguió allí mi persona,  
y rico botín me dio;  
mas ¡ay! todo pereció  
en la orilla del Garona.

Sobre el cadáver caí  
del rey, peleando fiel,  
en la rota de Maurel;  
preso me hicieron, huí,  
llegué a la Siria; un francés  
albigense refugiado,  
a quien había salvado  
la vida junto a Beziés,  
los restos de su opulencia  
me legó al morir: a España  
tornaba... mi suerte extraña  
siervo me trajo a Valencia.

Tal vez mi mano quebró  
de mis cadenas el hierro...  
En vano, que en un encierro  
vivo se me sepultó.  
Postrado al fin y vencido  
en la lucha desigual  
que contra el genio del mal

tanto tiempo he sostenido,  
tú mis sueños apacibles  
viene a resucitar,  
tal vez para despertar  
a realidades terribles.

ZULIMA: No de males adivino  
quieras en tu daño ser;  
te va la suerte a poner  
en la mano tu destino.

Ya que de tus aventuras  
me has referido la historia,  
toma bien en la memoria  
mis amantes desventuras.

Un cautivo aragonés  
vino al jardín del serrallo:  
sus prendas y nombre callo;  
no quiero ser descortés.

Le vi, le amé; no con leve,  
con devorante pasión:  
brasa es nuestro corazón,  
el de las cristianas nieve.

Debió a tentativas locas  
de fuga, mortal sentencia:  
mi amorosa diligencia  
librole veces no pocas.

Sálvole por fin del trato  
de rígido carcelero,  
declárole que le quiero...

¿qué piensas que hizo el ingrato?

MARSILLA: ¿Su creencia te alegó...?

ZULIMA: Sí, pero en mi desvarío  
le dije: tu Dios es mío,  
mi Dios en ti veré yo.

MARSILLA: Si antes alguna española  
mereció su tierna fe...

ZULIMA: Quiere a tu dama, exclamé,  
no exijo que me ames sola:

pero que al menos te deba  
piedad mi amor. ¿No dispuso  
entre vosotros el uso  
tener esposa y manceba?  
De este título afrentoso  
verás que ufana me precio:  
¿qué importa injusto desprecio,  
si es el corazón dichoso?  
Por orgullo solamente  
prendarte de mí debieras.  
Dime: ¿no te envanecieras  
de ver de tu voz pendiente  
una mujer, una esclava,  
que, con razón o sin ella,  
del amor la rosa bella  
la lisonja apellidaba?  
¿Qué puede más opulento  
hacerte que lo es aquí  
del reino el primer Valí?  
¿Qué para dar más aumento  
de tu esposa a la hermosura,  
desde el cabello a la planta  
la cubra de joya tanta  
de tan superior finura,  
que cuando en bizarra lidia  
entre reinas se presente,  
se pinten en cada frente  
la admiración y la envidia?  
Diamantes tengo, y no son  
quizá los de más valía,  
que pagarme no podría  
el tesoro de Aragón.  
Médítalo bien, y sabe  
que frenético mi amor  
será el frenesí mayor  
de mi venganza, si cabe.  
MARSILLA: ¡Infeliz!

ZULIMA: Menos te pido:  
dile a mi cariño ciego:  
«espera», y mátame luego.  
¿Qué hubieras tú respondido?

MARSILLA: Que mereces compasión.

Mas cuando ya en la niñez  
nacida, creció a la vez  
con el cuerpo la pasión,  
cuando es para la existencia  
tan necesario elemento  
como el sol y como el viento,  
cuando resiste a la ausencia,  
no puede amante ninguno  
hacer tan atroz engaño,  
porque de terrible daño  
temor le acosa importuno.

Témese que tal falacia  
vengue el objeto querido  
con su cólera o su olvido,  
que es la postrera desgracia.

Burlando que le dijera

ISABEL: a otro: «Te quiero»,  
la matara con mi acero...

¡Oh! no, yo sí que muriera.

Para mi felicidad

Dios un camino trazó,  
donde años ha me paró  
la cruel adversidad.

Si me envía un salvador,  
derecho habrá de guiarme,  
y al que quiera extraviarme,  
diré: «Aparta, tentador».

ZULIMA: Pues a tu Dios nada más  
luego en tu miseria clama:  
despídele de tu dama,  
porque nunca la verás.  
¡Oh rabia! Alá me destruya

si tolero mi baldón.

¡Tan infeliz situación,  
y tal soberbia la suya!

¡Pone mi afición sumisa,  
pone a un mísero cristiano  
un corazón en la mano,  
y le arroja, y me le pisa!

¿Sabes hasta donde alcanza  
mi cólera y mi poder?

Pronto ha de hacértelo ver  
con estragos mi venganza.

Me debería escupir  
en la faz, si no me vengo,  
la última sierva que tengo.

¡Cristiano! vas a morir.

¡Impune jamás humilla  
nadie un corazón altivo!

Esto le dije al cautivo:  
esto le digo a Marsilla.

MARSILLA: ¿Y piensas que le amedrente  
morir? ¿Acabar sus males?

ZULIMA: Pues entre angustias mortales  
padecerás largamente:  
volverás a tus cadenas  
y a tu negro calabozo;  
y allí yo con alborozo  
que más encoge tus penas,  
la nueva te llevaré  
de ser Isabel esposa.

MARSILLA: ¿Y en prisión tan horrorosa,  
cuántos días viviré?

ZULIMA: ¡Rayo del cielo! el traidor  
todo mi poder derrumba;  
defendido con la tumba,  
se ríe de mi furor.

Trocarás la risa en llanto.  
Cautiva desde Teruel

me han de traer a Isabel...

MARSILLA: ¿Quién eres tú para tanto?

ZULIMA: Tiembla de mí.

MARSILLA: Furia vana.

ZULIMA: No es Zoraida la que ves,  
no es hija de Merván, es

ZULIMA: .

MARSILLA: ¡Tú la sultana!

ZULIMA: La reina.

MARSILLA: (Dándola el lienzo ensangrentado.)

Toma, con eso  
correspondo a tu afición:  
entrega sin dilación  
a hombre leal y de seso  
el escrito que te doy.  
Sálvete su diligencia.

ZULIMA: ¡Cómo! ¿Qué riesgo...?

MARSILLA: A Valencia  
llega tu esposo...

ZULIMA: ¿Cuándo?

MARSILLA: Hoy;  
y esta noche tú y él y otros  
de la traición al puñal  
pereceréis.

ZULIMA: ¿Qué desleal  
conspira contra nosotros?

MARSILLA: Merván, tu padre supuesto.  
Si tu cólera no estalla,  
mi labio el secreto calla  
y el fin os llega funesto.

ZULIMA: ¿Cómo tal conjuración  
a ti...?

ZULIMA: Delirante ayer  
la puerta hube de romper  
de mi encierro; la prisión  
recorro, oigo hablar, atiendo...

Junta de aleves impía  
era, y Merván presidía.  
Pérfido aviso creyendo,  
tu esposo hoy a la ciudad  
venir debiera. Salvarle  
resuelvo para obligarle  
a ponerme en libertad,  
y con roja tinta humana  
y un pincel de mi cabello  
la trama en un lienzo sello,  
y el modo de hacerla vana.

Poner al siguiente día  
pensaba el útil aviso  
en la cesta que el preciso  
sustento me conducía.

Vencióme tenaz modorra,  
más fuerte que mi cuidado:  
desperté maravillado  
fuera ya de la mazmorra.  
Como admitas mi consejo,  
sin sangre te salvaré;  
de premio no te hablaré;  
a tu justicia lo dejo.

Llama a un Visir sin tardanza,  
y oiga el plan que concebí;  
y tú recibe de mí  
esta lección de venganza.

Escena VI

ADEL: . DICHOS.

ADEL: Señora, en Valencia está  
el rey.

ZULIMA: ¡Destino feroz!

MARSILLA: Mira si mintió mi voz.

ADEL: En la alcazaba hace ya  
tiempo que entró con sigilo.

Si viene, si ve al esclavo...

ZULIMA: ¡Llegó mi mal a su cabo!

ADEL: Tu vida pende de un hilo:  
dispón...

MARSILLA: Basta el apartarme  
de aquí. Fía de mi labio:  
yo sé olvidar un agravio.

ZULIMA: Te admiro. (Aparte.) Puedo salvar-  
me.

Condúcele por aquí. (A ADEL.)  
(Abre ZULIMA una puerta disimulada en el  
muro detrás de la cama.)

Fuera del harem un lecho  
le darás.

ADEL: Pronto. (A MARSILLA.)  
(MARSILLA sale de la cama, y apoyado en  
ADEL, se entra por la puerta secreta.)

MARSILLA: (Al entrarse.) En mi pecho  
no hay odio.

ZULIMA: (Sola.) En el mío sí.

¡Va a ser feliz con su amada,  
y yo a expiar mi delito!

¡No!

(Abre el cuerpo superior del bufete, y toma de  
allí un frasquito prolongado, cuyo tapón es un  
mango como de puñal, y, tiene por hoja una  
aguja o punzón delgado.)

Con un golpe lo evito  
de esta aguja emponzoñada.

El hierro es sutil, violencia  
tiene el veneno terrible;  
será la herida invisible.

Que expiró de su dolencia,  
a pesar de mis desvelos,  
diré. Calle la piedad:  
sangre mi seguridad,  
sangre me piden mis celos.  
(Vase por la puerta que abrió.)

## **ESCENA VII**

ZEANGIR: . SOLDADOS MOROS. UN VERDUGO. UN BARQUERO.

(Salen por la puerta de la izquierda)

ZEANGIR: Esa pérvida belleza (A los SOLDADOS.)

conducid a una prisión.

Corta a Merván la cabeza. (Al VERDUGO.)

y cuélgala de un balcón.

Tú esta noche has de llevar (Al BARQUERO.)

un féretro a sumergir,

y aunque en él oigas gemir,

lo arrojarás a la mar.

## **ACTO II**

Sala en casa de DON PEDRO DE SEGURA

## ESCENA I

DON PEDRO. MARI-GÓMEZ.

MARI-GÓMEZ: Señor, señor.

PEDRO: ¿Qué ocurre, Mari-Gómez?

MARI-GÓMEZ: Que ya vienen a visitaros.

PEDRO: Pronto, por Dios. ¡Apenas he abrazado a mi hija y a mi mujer, y ya me acosan visitas! Pues hoy perdonen, que quiero descansar en el seno de mi familia. Di a quien sea que mañana recibiré la bienvenida de todo Teruel.

MARI-GÓMEZ: ¡Y cómo que decís bien!

Déjennos hoy en paz: requiescant in pace; mañana tendrán todo el día por suyo. A solis ortu usque ad occasum. Desde que dé el sol en el huerto, hasta que se vaya de la casa. Así decía el padre vicario del convento en que estuve de novicia. Cuanto y más que el que viene a veros es allá... don Martín de Marsilla.

PEDRO: ¡Marsilla! Eso es distinto. Que pase adelante. Jamás me esconde yo de un enemigo.

MARI-GÓMEZ: ¡Ay! eso sí que no lo hubiera dicho el padre vicario.

(Vase.)

## **ESCENA II**

DON PEDRO.

DON PEDRO Querrá que nuestro desafío se verifique al momento. Tiene razón. El altercado fue al tiempo que partimos don Rodrigo de Azagra y yo a Monzón en servicio del joven rey contra los infantes don Sancho y don Fernando. Se difirió el duelo hasta mi regreso, y he vuelto ya. Pero don Martín ha estado enfermo, y creo que se hallaba aún convaleciente. ¡Oh! si no está bien restablecido, no cruzará su espada con la mía: bastante ventaja tengo con la que me da la razón.

## **ESCENA III**

DON MARTÍN. DON PEDRO.

MARTÍN: Don Pedro Segura, seáis bien venido.

PEDRO: Noble don Martín Garcés de Marsilla,  
salud os deseo: tomad esta silla,  
que me habéis hallado desapercibido.

(Cíñese la espada, que estaba sobre una mesa.)

De vuestra dolencia nuevas he tenido.

¿Cómo estáis?

MARTÍN: Del todo repuesto.

PEDRO: No sé...

MARTÍN: Domingo Celada...

PEDRO: ¡Fuerte hombre es a fe!

MARTÍN: Pues siempre a la barra le gano el  
partido.

PEDRO: Así os quiero yo. Conmigo venid:  
vamos a la orilla del Guadalaviar.

MARTÍN: Don Pedro, yo os tengo primero  
que hablar.

PEDRO: Hablemos sentados. Ea pues, decid.  
(Siéntanse.)

MARTÍN: Fue de nuestro duelo causa...

PEDRO: Permitid  
que yo os la recuerde. Vuestro labio dijo  
que por mi codicia llorabais un hijo.  
De honor es la ofensa, precisa la lid.

MARTÍN: ¿Me juzgáis cobarde?

PEDRO: Si creyera tal,  
don Pedro Segura con vos no lidiara.  
MARTÍN: Jamás al peligro he vuelto la cara.  
PEDRO: Sí, nuestro combate puede ser igual.  
MARTÍN: Será por lo mismo...  
PEDRO: Sangriento, mortal.  
Ha de perecer uno de los dos.  
MARTÍN: La muerte me toca, la venganza a  
vos.  
Matadme: ya espero el golpe fatal.  
(Arroja la espada, y dobla una rodilla delante  
de DON PEDRO.)  
La espada y la vida os rindo.  
PEDRO: ¿Qué hacéis?  
Mi acero no corta en quien se arrodilla.  
MARTÍN: Vuestro honor la sangre pide de  
Marsilla:  
tomadla.  
PEDRO: En el campo me la venderéis.  
Vos el desafío provocado habéis.  
MARTÍN: Media un beneficio: caballero soy.  
PEDRO: ¡Vos de mí obligado! Sorprendido  
estoy.  
MARTÍN: Escuchadme, y luego vos decidiréis.  
Tres meses hará que en lecho de duelo  
me postró la mano que todo lo guía:  
del riesgo asustada la familia mía,  
quiso en vuestra esposa buscar su consuelo.  
La ciencia, o la gracia que tiene del cielo,  
cada día admira toda la ciudad,  
desde que, ministra de la caridad,  
a la muerte roba mil vidas su celo.  
Contra vos airado, neguéme a atender  
aviso que daba piadosa inquietud.  
«No quiero, decía, cobrar la salud,  
si a mano enemiga la voy a deber.»  
Mi tesón crecía con mi padecer;

la muerte se puso a mi cabecera...  
Por fin, una noche... ¡Qué noche tan fiera!  
Blasfemo el dolor hacíame ser;  
pedía un cuchillo con furia tenaz;  
reía el infierno de ver mi despecho...  
En esto a mis puertas, y luego a mi lecho,  
llegó un peregrino, cubierta la faz.  
Ángel parecía de salud y paz.  
Me habla, me consuela; benigno licor  
a mi labio pone; me alivia el dolor,  
y parte, y no quiere quitarse el disfraz.  
La noche que tuve su postrer visita,  
ya restablecido, sus pasos seguí.  
Cruzó varias calles, acercóse aquí,  
y entró en esa ruina de gótica ermita  
que a vuestros jardines términos limita.  
Quitóse ya el velo que inútil creyó:  
yo miré; la luna su rostro alumbró...  
Era vuestra esposa.  
PEDRO: ¡Era Margarita!  
MARTÍN: La misma. Pasmado, de mi bien-  
hechora  
la heroica modestia allí respeté:  
no me eché a sus plantas ni entonces hablé,  
porque me propuse declararme ahora.  
Don Pedro Segura, marcada mi hora,  
vuestra esposa vino y el golpe paró:  
mirad, siendo noble, como puedo yo  
contra vos la espada sacar matadora.  
PEDRO: ¡Qué de bien os debo! ¡El duelo excu-  
sar  
con vos, por motivo que es tan lisonjero!  
Si pronto me hallasteis como caballero,  
cuidado me daba el ir a lidiar.  
Con tal compañera, ¿quién no ha de temblar  
de perder la vida que lleva dichosa?  
Ella me será desde hoy más preciosa,

si ya vuestro amigo queréisme llamar.

MARTÍN: Amigos seremos. (Danse las manos.)

PEDRO: Siempre.

MARTÍN: Siempre, sí.

PEDRO: Y decid... ¿qué nuevas tenéis de don Diego?

En hora menguada me sedujo el ruego  
de Azagra, y la triste palabra lo di.

Si antes vuestro hijo se dirige a mí,  
¡cuánto ambas familias se ahorran de llanto!

No lo quiso Dios.

MARTÍN: Yo su nombre santo  
bendigo, mas lloro por lo que perdí.

PEDRO: ¿Pero qué...?

MARTÍN: Después de la de Maurel,  
donde cayó en manos del conde Simón,  
de nadie consigo señal ni razón,  
por más que anhelante pregunto por él.

Cada día al cielo con súplica fiel  
pido que me diga qué punto en la tierra  
vivo le sostiene o muerto lo encierra:  
mundo y cielo guardan silencio cruel.

PEDRO: El plazo otorgado dura todavía.

Un hora, un instante, le basta al Eterno:  
y holgárame mucho si fuera mi yerno  
quien a mi Isabel tan fino quería.

Pero si no viene, y cúmplese el día,  
y llega la hora... ¿cómo...? Bien me pesa;  
mas estoy sujeto con una promesa:  
si fuera posible no la cumpliría.

MARTÍN: Diligencia escasa, fortuna severa  
parece que en suerte a mi sangre cupo:  
quien a la desgracia sujetar no supo,  
muéstrese sufrido cuando ella le hiera.

A Dios.

PEDRO: No han de veros de aquesa manera.

(Levanta la espada de DON MARTÍN, que aún permanece en el suelo, y le da la suya propia.)

Vuestra espada admito; la mía tomad  
en prenda segura de fiel amistad.

MARTÍN: Acepto: un monarca llevarla pudie-  
ra. (Vase.)

## ESCENA IV

MARGARITA: . DON PEDRO.

MARGARITA: Don Pedro, don Pedro, ¿qué os quería el padre de Marsilla? ¿Ha venido ya a desafiaros?

PEDRO: No, sino a entregarme su espada.

Esta es.

MARGARITA: Con que ¿estáis reconciliados?

PEDRO: Amigos.

MARGARITA: Bendita sea la bondad de Dios.

PEDRO: ¿No sospechas a quién deberemos tan feliz mudanza?

MARGARITA: Al autor de todo bien.

PEDRO: A él primero, después a ti.

MARGARITA: ¡A mí!

PEDRO: El doctor peregrino se descubrió en las ruinas antes de tiempo, y le vieron el rostro.

MARGARITA: ¿Me vio Marsilla? ¿Si creería que fue un artificio...? Crea lo que quiera: nada importa si he librado de un peligro a mi esposo.

PEDRO: Ven a mis brazos, mi bien, mi orgullo, mi ángel tutelar. Contigo, ¿qué necesito yo? Sólo que me ames, que me honres siempre como ahora. Si algún día cesare este afecto puro y tranquilo que hoy hace mi felicidad, ocúltame tu indiferencia, fascínate, para excusarme que desee la muerte.

MARGARITA: ¡Oh! no, esposo, no; yo no soy

digna de tanto amor: besaré el polvo de tus plantas. (Se arrodilla.)

PEDRO: ¿Qué haces? Levanta, que vienen.  
(MARGARITA al alzarse besa la mano a su esposo.)

## **ESCENA V**

ISABEL: , con un canastillo de ropa. DICHOS.

ISABEL: Un escudero de don Rodrigo de Azagra os quiere dar un recado de su amo.

PEDRO: ¡Ah! Sí: deseará veros a hija y madre. Al cabo de un año de ausencia, es muy natural... No me ha hablado sino de ti (A ISABEL.) desde que salimos de Monzón; y a no haberle detenido sus amigos, aquí se hubiera apeado antes de llegar a su casa. Voy a responderle. (Vase.)

## **ESCENA VI**

MARGARITA: . ISABEL.

ISABEL: Señora madre, aquí está la ropa ya aderezada.

MARGARITA: Ponedla allí: la criada el lecho acomodará.

(ISABEL lleva el canastillo a la alcoba.)

ISABEL: ¿Daisme labor?

MARGARITA: Vuestro aliño debe ocuparos: sabéis la visita que tendréis.

ISABEL: ¡Dios mío! (Aparte.)

MARGARITA: Bien el cariño de don Rodrigo merece

de vos un honesto aseo.

ISABEL: Obedeceré.

MARGARITA: Yo creo  
que su vuelta os tristece.

ISABEL: Ella la quietud escasa  
me arrebata que tenía.

MARGARITA: Ya de lo justo, hija mía,  
despegó tan fuerte pasa.

Si quiere la Providencia  
que seáis de don Rodrigo...

ISABEL: Muestre su piedad conmigo,  
venciendo mi resistencia.

MARGARITA: A vos sujetar os toca  
del odio la injusta furia,  
pues a un caballero injuria  
que os hace merced no poca.

Noble sois a la verdad;  
es quien su amor os consagra  
es don Rodrigo de Azagra,  
que goza más calidad.

Joven, galán, cortesano,  
con valor y con riqueza,  
¿qué desdeñosa belleza  
le rehusara su mano?

Siempre el honor es su norte,  
su ingenio todo lo abarca,  
le quiere el joven monarca,  
le envidia toda la corte;  
y habéis de ver cómo al fin,  
del rey al potente arrimo,  
se alza al poder de su primo  
el señor de Albaracín.

ISABEL: Ese retrato es hermoso,  
pero poco parecido.

MARGARITA: Vuestro padre le ha creído  
digno de ser vuestro esposo.

Prendarse de quien le cuadre

no es lícito a una doncella,  
pues entonces atropella  
los derechos de su padre.

A él le toca la elección  
de esposo para su hija,  
y a ella a quien su padre elija  
darle mano y corazón.

Hoy día, Isabel, así  
se conciertan nuestras bodas;  
así nos casan a todas,  
y así me han casado a mí.

ISABEL: ¿Y podréis sin inquietud  
sacrificarme a un abuso,  
lazo pérvido que puso  
el infierno a la virtud?

¿Qué ventaja viene a ser  
casarme con don Rodrigo?

Lo que en hacienda consigo,  
se me desquita en placer.

¿Qué espero de una afición  
que de un capricho nacida,  
por la vanidad nutrida,  
maduró la obstinación?

¿Imagináis que él me ama?

Pues abrigáis un error:  
lo que él dice que es amor,  
envidia, orgullo se llama.

A este hombre darmel pensáis.

MARGARITA: Yo no dispongo de vos.

ISABEL: Pero decidme por Dios,  
¿de parte de quién estáis?

¿Aprobáis mi boda o no?

MARGARITA: ¿Qué vale mi parecer?

Yo tengo que obedecer  
a quien manda más que yo.

ISABEL: ¡Ah! si hallan los males míos  
en vos consuelo...

MARGARITA: No más:  
no me recordéis jamás  
vuestrlos locos amoríos.  
Yo por delirios no abogo.

Idos.

ISABEL: En vano esperé. (Sollozando al retirarse.)

MARGARITA: ¡Qué! ¿Lloráis?

ISABEL: Aún no me fue  
vedado este desahogo.

MARGARITA: Isabel, si no os escucho,  
no me acuséis de rigor:  
yo temo vuestro dolor,  
porque os compadezco mucho.

No dio a mi cuerpo aspereza  
la túnica penitente,  
resuena en él fuertemente  
la voz de naturaleza.

Al Señor con fe sencilla  
vuestro llanto consagrad.  
Infinita es su piedad.

Aún puede volver Marsilla.

ISABEL: ¡Ah! vos le nombráis. (Arrebatada.)

MARGARITA: Me asombro  
de vos, Isabel, me espanto.

¿Debéis agitaros tanto  
sólo porque yo le nombro?  
Puede volver, es verdad;  
mas siendo cosa indecisa,  
conviene esperar sumisa  
la divina voluntad,  
y no con mano imprudente  
profundizar una llaga,  
cuyo dolor, aunque halaga,  
mata por fin al paciente.

ISABEL: ¡Símiles a quien delira!

MARGARITA: Deliráis... porque queréis.

ISABEL: ¡Ah qué injusticia me hacéis!  
¡Ojalá fuese mentira!  
Bien, señora, se me alcanza  
lo que exige la obediencia,  
mi estado, mi conveniencia,  
y, en fin, mi poca esperanza.  
Muerto es mi adorado ya:  
cuatro años ha que no escribe.  
Mas ¿qué digo?, vive, vive,  
¡pero cómo vivirá!  
Quizá suspira en Sión  
al compás de las cadenas,  
quizá gime en las arenas  
de la líbica región.  
Con aviso tan funesto  
no habrá querido afligirme.  
Yo trato de persuadirme,  
y sin cesar pienso en esto.  
Hasta llegué a pretender  
olvidarle, imaginando  
que infiel estaba gozando  
caricias de otra mujer.  
Hasta he juzgado posible  
estimar a su rival,  
ser a mi amor desleal,  
y ser al suyo sensible.  
Interesada la gloria  
de Dios que invoqué en mi ayuda,  
no tuve siquiera duda  
de conseguir la victoria.  
Pero cuando más ufana  
estaba de mi firmeza,  
cansábase de grandeza  
la debilidad humana,  
y ante el recuerdo sencillo  
de una mirada, un halago,  
hundíase con estrago

de la virtud el castillo,  
y en sus ruinas vencedor,  
con risa maligna y fiera,  
tremolaba su bandera  
a mis ojos el amor.

Yo entonces al heroísmo  
nombre daba de falsía,  
rabioso llanto vertía,  
y antes de bajar al abismo  
juraba en mi frenesí,  
que unirme al hombre fatal  
que lanzó el genio del mal  
del infierno contra mí.

MARGARITA: Por Dios, por Dios, Isabel,  
moderad ese delirio:  
vos no sabéis el martirio  
que me hacéis pasar con él.

ISABEL: ¡Qué! ¿mi audacia os maravilla?  
Pero estando ya tan lleno  
el corazón de veneno,  
¿no ha de salir a la orilla?  
No a vos, a la piedra inerte  
de esa muralla desnuda,  
a esa bóveda que muda  
oyó mi queja de muerte,  
a este suelo donde mella  
pudo hacer el llanto mío,  
a no ser tan duro y frío  
como alguno que lo huella,  
a estos objetos invoco  
para confiar mi afán,  
que si alivio no me dan,  
no me afligirán tampoco.

MARGARITA: ¿Quién con ánimo sereno  
la oyera? El dolor mitiga;  
de una madre, de una amiga,  
ven al cariñoso seno.

Conóceme, y no te ahuyente  
la faz severa que ves;  
ella una máscara es  
que el pesar puso a mi frente;  
pero tras ella te espera,  
para templar tu dolor,  
el tierno, indulgente amor  
de una madre verdadera.

ISABEL: ¡Madre mía! (Abrázanse.)

MARGARITA: Mi ternura  
te oculté con harta pena;  
pero mi Dios me condena  
a nutrirme de amargura.  
Yo hubiera en tu amor filial  
gozado, y gozar no debo.

ISABEL: ¿Vos? ¡Ah!

MARGARITA: Por mis culpas llevo  
el cilicio y el sayal.

Con mi halago recelé  
dar a tu amor incentivo,  
y sólo por correctivo  
dureza te aparenté;  
mas oyéndote gemir  
cada noche desde el lecho,  
oyendo que en tu despecho  
me llegaste a maldecir,  
yo al Señor, de silencioso  
materno llanto hecha un mar,  
ofrecí mil veces dar  
mi vida por tu reposo.

ISABEL: ¡Cielos! ¡Qué revelación  
tan grata! ¡Qué injusta he sido!  
¡Que tanto me habéis querido!  
¡Madre de mi corazón!  
Perdonadme... ¡Qué alborozo  
siento, aunque llorar me veis!  
Seis años ha, más de seis,

que tanta dicha no gozo.  
Cuánto padezco mirad,  
pues ya como dicha cuento  
que mis penas un momento  
suspendan su intensidad.  
Pero este rayo de vida  
que me deslumbra fugaz,  
¿será una madre capaz  
de escondérmele en seguida?  
Madre, madre a quien adoro,  
el labio os pongo en el pie:  
mi aliento aquí exhalaré  
si no cedéis a mi lloro. (Póstrase)  
MARGARITA: Levanta, Isabel, enjuga  
tus ojos; confía: sí,  
cuanto dependa de mí...  
ISABEL: Ya veis que en rápida fuga  
el tiempo desaparece.  
Si pasan tres días, ¡tres!,  
todo me sobra después,  
toda esperanza fallece.  
Incapaz de consultar  
mi padre con mis enojos,  
pondrá a su fe por despojos  
mi albedrío en el altar.  
Vuestras palabras imprimen  
en su alma la persuasión.  
En mí toda reflexión  
fuera desacato, crimen.  
Sepa de vos que sin duda  
peligro corre mi honor,  
si contra un perseguidor  
su defensa no me escuda.  
Que algo se debe a la prenda  
que vuestro amor estrechó,  
ya que el cielo os otorgó  
sangre pura y rica hacienda.

Que no se sujete al yugo  
de ese qué-dirán tirano;  
más vale ser padre humano,  
que padre hacerse verdugo:  
y yo, señora, lo veo,  
podrá llevarme a casar,  
pero en vez de preparar  
las galas del himeneo,  
que a tenerme se limite  
una cruz y una mortaja,  
que esta gala y esta alhaja  
será lo que necesite.

MARGARITA: Mis esfuerzos te consagro;  
pero aunque yo los aumente,  
grande es el inconveniente,  
vencerle será milagro.

El carácter se te oculta  
de la edad en que naciste;  
tú en otra vivir debiste  
más inocente o más culta.

En este siglo de acero,  
en que al salir a la tierra  
saluda al noble la guerra,  
la servidumbre el pechero,  
y por gracia a la mujer  
se la considera en suma  
cual ave de hermosa pluma  
destinada a entretenir,  
amistad, sangre y amor,  
todo humano sentimiento  
se sacrifica al sangriento  
ídolo llamado honor.

Según su alcorán decreta,  
mengua es enmendar lo errado,  
es vil el escarmentado  
que imposibles no acometa,  
y se admira a quien del dicho

a la ejecución pasó  
en empresas que dictó  
la imprevisión o el capricho.  
Yo al corazón de mi esposo  
debo arrancar la corteza  
que le puso de dureza  
ese código horroroso,  
y el afecto natural  
restablecer primitivo,  
veinte años ha fugitivo,  
al estrépito marcial.

Si con el habla se aprende,  
si el honor es religión,  
¿no ha de temer con razón  
quien luchar con él pretende?

ISABEL: ¡Y qué! De vuestra virtud,  
¿nada servirá el influjo?  
¿Qué milagros no produjo  
ya vuestra solicitud?

Por eso adoran en vos  
mi padre y toda Teruel.  
¡Ah! Si vos le rogáis, él  
pensará que le habla Dios.

Quien tan solícito anda  
buscando vuestro placer,  
¿os ha de desatender  
a la primera demanda?

Sí, madre, haceos justicia,  
y emplead al punto, ahora,  
esa magia seductora  
que la voluntad desquicia.

Mirad que vais a abogar  
por mi eterna salvación:  
mis bodas de maldición  
crímenes van a engendrar.

Si soy de Azagra y no muero,  
no traigas, o Providencia,

no pongas en mi presencia  
al que sabes cuánto quiero,  
o en tu justo tribunal  
no me acrimines si al cabo,  
en las entrañas me clavo  
desesperada un puñal.

MARGARITA: No, no, Isabel; cesa, cesa;  
yo mi palabra te empeño,  
no será Azagra tu dueño,  
yo anularé la promesa.

Me oirá tu padre, y tamaños  
horrores evitará.

Hoy madre tuya será  
quien no lo fue tantos años.

## **ESCENA VII**

MARI-GÓMEZ: . DICHAS.

MARI-GÓMEZ: Don Rodrigo, don Rodrigo,  
señoras.

MARGARITA: ¡Don Rodrigo!

ISABEL: ¡En qué estado nos sorprende!

MARI-GÓMEZ: Pues, sin vestir, sin peinar...  
Por más que me he estado matando... Vamos  
corriendo al camarín.

MARGARITA: Sí; retiraos, vestíos, y procurad  
calmar vuestra agitación.

ISABEL: Madre mía, no os olvidéis de mí. (Va-  
se.)

MARGARITA: Que venga.

MARI-GÓMEZ: Voy. (Hace que se va y vuel-  
ve.) Mirad que he de plantar a Isabel el vestido  
que yo guste. Las vírgenes discretas se pusieron  
la saya dominguera y encendieron las lámparas  
cuando vino el esposo.

MARGARITA: Pero id, Mari-Gómez...

MARI-GÓMEZ: Así lo dijo el Señor en la  
parábola... en la parábola de las novias. (Vase.)

## **ESCENA VIII**

DON RODRIGO. MARGARITA.

(Mari-Gómez, que vuelve con don Rodrigo, se retira luego que ha dado sillas.)

MARGARITA: Señor don Rodrigo.

RODRIGO: Señora, al fin nos vemos.

MARGARITA: Hacedme merced de tomar silla. Descansad en esta casa, ya que la prisa de favorecernos no os ha dejado sosegar en la vuestra.

RODRIGO: Aprovechemos estos instantes en que nos hallamos solos. Antes de ver a Isabel quisiera oír de vos qué pensáis del estado de su corazón, del de mis esperanzas. ¡Cabe tanto en un año de ausencia!

MARGARITA: Poco es lo que yo os podré decir. Como el respeto no permite a una hija franquearse con su madre en términos de...

RODRIGO: Pero una madre sagaz observa y descubre.

MARGARITA: Isabel ha gozado este año poquísima salud. Su semblante os lo dirá a primera vista. Esta puede ser la causa principal de su melancolía, de su tristeza, pero...

RODRIGO: Es decir que en su rostro podré hallar mudanza, pero no en su desamor.

MARGARITA: Vos interpretáis mis expresiones...

RODRIGO: En su verdadero sentido: ¿a qué negarlo? Si vos no habéis hecho observaciones durante mi ausencia, yo sí las he hecho, y según ellas hablo. Yo os he dirigido repetidos pliegos para Isabel; a ninguno ha contestado. Yo la he enviado lienzos, brocados, joyas: sé que jamás las ha empleado en su ornato. Aún no ha oprimido el lomo del brioso alazán que la trajeron últimamente, ni sus manos han tendido la preciosa ballesta que acompañaba al traje de caza.

MARGARITA: Ya sabéis que la caza no la ofrece diversión.

RODRIGO: Ha echado a volar los azores, ha regalado la jauría, ha dado las telas a los templos, las joyas a los pobres... No me desagradan estos rasgos de beneficencia; los aplaudo y admiro; pero ¿qué prueban estos hechos unidos a otros? Una verdad bien triste, de que estoy convencido seis años hace. Que Isabel no me ama.

MARGARITA: Si estáis en esa creencia, ¿me permitiréis, don Rodrigo, que os haga una amonestación amistosa? Bien sé que mi sexo está privado de voto fuera de la hilaza y de la costura; pero como dama y como madre, me creo con derechos a la indulgencia de un caballero.

RODRIGO: Seguramente; y yo estoy obligado a respetaros por más de un título. Hablad.

MARGARITA: Don Pedro os ofreció la mano de su hija; pero la delicadeza de vuestro cariño, la elevación de vuestro espíritu, vuestro mismo amor propio, ¿se satisfacen con la posesión de una mujer cuyo corazón confesáis que no es vuestro? ¿Qué seguridades de dicha os ofrece un matrimonio fundado en tan dudosos principios? Si el amor de Isabel saliera de la regla

común, si fuese ya tarde para que obrase en ella el desengaño, si la vieseis consumirse lentamente, víctima de un pesar más violento cuanto más oprimido, ¿no maldeciríais entonces vuestra fatal empeño? Los celos, los remordimientos harían fuerte presa en vuestra alma: la discordia, el odio, el infierno entero rodearía vuestro tálamo.

RODRIGO: ¡Qué funestos anuncios, señora! Por fortuna, vuestro ejemplo mismo los está desmintiendo. También vos amasteis antes de ser de don Pedro, y sin embargo habéis sido... el modelo de las esposas.

MARGARITA: Esos elogios...

RODRIGO: Yo sé cuánto los merecéis, señora... y espero de vuestra hija... aún mayores virtudes. Pero dejando esto aparte, yo también quiero haceros mis reflexiones. Isabel es cierto que no me ama; pero ¿a quién ama ya? A un ser entredicho para ella, a un polvo insensible tal vez.

MARGARITA: Y ¿si Marsilla volviese aún, si antes de cumplirse el término se presentara colmado de riquezas...?

RODRIGO: ¿Pensáis que eso me obligaría a ceder? Os engañáis. Marsilla prometió desistir de su loca pretensión si en el término de seis años no se enriquecía; pero yo no he prometido desistir nunca. Los Azagras no saben ceder.

Todo el poder de Aragón y Castilla juntos no pudo despojar a don Pedro Ruiz del señorío de Albarracín. Si Marsilla volviera a competir conmigo, la espada decidiría la competencia.

MARGARITA: Yo creo que debiera decidirla la voluntad de mi esposo. ¿Quién pudiera disputarle el derecho de disponer de su hija?

RODRIGO: Y ¿quién me impediría el des-

hacerme de mi rival? Pero estas son amenazas inútiles: el velo que cubre el destino de Marsilla deja traslucir harto distintamente su tumba o su miseria. Si yo estuviera penetrado de que la voluntad de Isabel era irrevocable, de que unida a mí con un lazo sagrado, su virtud no la había de excitar a cumplir lo que jurase en los altares, seguramente no daría un paso más en mi pretensión, pero las opiniones se mudan, la razón recobra su imperio, los afectos se debilitan, se borran...

MARGARITA: ¡Ah! ¡Don Rodrigo! El que cuenta tantos años de duración...

RODRIGO: Debe por lo mismo hallarse muy cerca de su término.

MARGARITA: ¿Con que persistís...?

RODRIGO: Invariable. Un corazón como el de Isabel es un prodigo, es el fénix de su época. ¿Cómo no admirarle y codiciarle?

MARGARITA: Mas cuando se tropieza con obstáculos invencibles...

RODRIGO: Para una voluntad firme no hay obstáculos. ¿Había yo de permitir que al fin de seis años quedasen burladas mis esperanzas? ¿Que un obsequio, público ya en todo el reino, finalizase tan vergonzosamente para mí? Este empeño se ha convertido ya en punto de honor, y don Rodrigo de Azagra sabrá quedar airoso en él, como en todos.

MARGARITA: ¿Y será justo que se sacrifique la dicha de mi hija a vuestra vanidad?

RODRIGO: Yo me he sacrificado hasta ahora a sus caprichos; exijo mi desquite. Nada reclamo que no me pertenezca. Isabel no puede disponer de sí, no es suya; sus padres han ofrecido su mano; promesa quita propiedad, no es vuestra; a mí me la habéis ofrecido, Isabel es mía.

MARGARITA: Ni lo es, ni lo será. Siento decíroslo, don Rodrigo: si seguís en un empeño tan temerario, al pie del altar oiréis un no que os afrente.

RODRIGO: Vos contáis demasiado con la eficacia de vuestras instigaciones. La boca, que sólo incitada por vos se atrevería a pronunciar ese no, es sagrada para mí. Isabel es mi ídolo; todo, hasta el desdén, me es respetable en ella; pero ¡ay del que pretenda robar este ídolo de mi templo!

MARGARITA: ¡Don Rodrigo!

RODRIGO: Vuestra repulsa me ha irritado, pero no me encuentra desprevenido. Receloso de ella, me proporcioné en Monzón cartas de favor para vos, que me figuro no dejaréis desairadas.

MARGARITA: ¡En Monzón! ¡Cómo! Explicáos.

RODRIGO: Sabéis que los caballeros de la orden del Temple estaban encargados de la custodia del rey en aquella fortaleza. Pues un caballero templario...

MARGARITA: ¡Un templario!

RODRIGO: Me concedió su amistad desde que llegué al castillo. Yo le di cuenta de mis malaventurados amores... y él...

MARGARITA: ¿Y él?

RODRIGO: Él me ocultó los suyos. Díjome sí que le había traído a la religión el arrepentimiento, el deseo de expiar un delito, cuya causa había sido el amor. Por varias expresiones que le oí después llegué a creer que había seduci-do...

MARGARITA: ¿A quién?

RODRIGO: A una dama de esta ciudad...

MARGARITA: (Aparte.) Yo tiemblo.

RODRIGO: Mi amigo era de un carácter sombrío, melancólico, taciturno. Conocíase que le devoraba la carcoma de las pesadumbres. Ellas sin duda le habían hecho contraer un hábito tan extraño como peligroso. Ocupábamos una misma celda. Levantábase a veces en medio de la noche despavorido, recorría la estancia desatentadamente, hablaba, gemía, oraba... Llegábame a él para consolarle o distraerle, y le veía con los ojos cerrados, muda la fisonomía... ¡Estaba dormido! Asaltada su razón de un delirio espantoso, prorrumpía su lengua en mal articuladas frases, que ya excitaban la lástima, ya el horror... Desconfiado de su penitencia, se acusaba de adulterio...

MARGARITA: ¡Adulterio!

RODRIGO: Veía abierto el infierno para tragarle; se esforzaba a disculpar, a nombrar a su cómplice...

MARGARITA: ¿A quién? ¿A quién nombraba?

RODRIGO: A una mujer cuyo nombre jamás pudo entenderse.

MARGARITA: ¡Ah!

RODRIGO: Por último... salimos ambos a una comisión importante; partidarios del conde don Sancho nos acometieron con ventaja, y el infeliz Roger de Lizana...

MARGARITA: ¡Él es!

RODRIGO: Él es el que pereció. Ya lo habréis sabido.

MARGARITA: Sí... ya lo sé. (Aparte.) Yo voy a expirar.

RODRIGO: Y no habréis sentido su muerte: fue muy gloriosa.

MARGARITA: Por favor... acabad.

RODRIGO: Al desarmarle para dar sepultura

a su cuerpo hallo sobre su corazón unas cartas...

MARGARITA: ¡Cartas!

RODRIGO: Dudo si las enterraré con el cadáver... y las conservo. Las leo; quiero aniquilarlas... y... las guardo, y hoy os las presento. Vedlas. (Desarrolla unos pergaminos.)

MARGARITA: ¡Piedad!

RODRIGO: Leed: Margarita dice aquí... Margarita aquí... Margarita en todas.

MARGARITA: Mías son, yo soy, yo soy la cómplice. ¡Oh! Dádmelas, destruidlas, borrarlas.

RODRIGO: Para vos las he conservado. Yo os las entregaré... en el momento que me dé Isabel la mano.

MARGARITA: ¡Me las vendéis a precio de la infelicidad de mi hija!

RODRIGO: Feliz o infeliz conmigo, vuestra hija, menos hipócrita, será más honrada que vos; y yo, si vive mi rival, seré más vigilante que don Pedro. Si Isabel no me ama, yo me pasaré sin su amor, y esta espada me responderá de su conducta. O emplead vuestra autoridad para hacerla mía, o resignaos a ver estas cartas en manos de vuestro esposo. Meditadlo, y elegid. (Vase.)

MARGARITA: ¡Dios de misericordia!

## **ACTO III**

### **ESCENA I**

MARI-GÓMEZ: . Después, ZULIMA.

MARI-GÓMEZ: (Asomada a un balcón, habla a una persona que está en la calle.)

Sed bien llegado. ¡Cómo!

¿Si os permito, decís,  
descansar un momento?

Y dos y cuatro y mil.

¡Qué poco sabéis dónde  
hospedaje pedís!

Galván, ten ese estribo.

Vos, bello paladín,  
dad al mozo de casa

esas armas. Subid. (Quítase del balcón.)

¡Olalla! -El forastero  
es como un querubín. (Sale una criada.)

Pronto, una magra, vino,  
(A la criada, que oída la orden, parte a ejecutar-  
la.)

fruta, agua, pan.- No vi  
en mi vida un mancebo  
de cara tan gentil.

Por otra menos bella

del claustro me salí.

(Sale ZULIMA en traje de caballero aragonés,  
cubierta de polvo y muy agitada.)

Llegad acá, sentaos.

Estáis hecho un carmín  
de sofocado. Cierro,  
que es el viento sutil.

(Junta las hojas del balcón: los vanos de los pos-  
tigos tendrán lienzos en vez de vidrieras.)

Si os dañara,ería  
un dolor para mí.

ZULIMA: He llegado a su casa. (Aparte.)

MARI-GÓMEZ: En ocasión venís  
que están fuera mis amos.

ZULIMA: ¡Maldición sobre ti! (Aparte, le-  
vantándose.)

MARI-GÓMEZ: Sólo está mi señora  
la joven.

ZULIMA: Soy feliz. (Aparte.)

MARI-GÓMEZ: Mas nosotros tenemos  
orden de recibir  
a cuantos se presenten...

(Salen dos criadas con varios platos, jarros, va-  
sos de estaño, etc., que ponen en una mesa in-  
mediata a la silla donde se sentó ZULIMA.)

Con que, vaya, admitid  
este pobre agasajo.

Un trozo de pernil  
y un trago. (ZULIMA coge con ansia un jarro y  
bebe.)

¡Que eso es agua!

No, por San Agustín,  
no bebáis: aquí hay vino.

¿Qué habéis hecho, infeliz?

¡Agua y sudando! Vais  
a mataros así.

ZULIMA: La sed me devoraba.

MARI-GÓMEZ: Aprended a vivir.

Todo un padre vicario  
era a quien yo le oí  
que es un pecado el agua  
al vino preferir.

Comed algo.

ZULIMA: No vine  
para comer aquí. (Paséase con desasosiego.)

MARI-GÓMEZ: Mas descansad siquiera.

¡Qué inquietud! ¡Qué trajín!

¡Cuál muestra su viveza  
la sangre juvenil!

ZULIMA: . Vuestra joven señora  
¿me querrá permitir  
que las gracias le rinda...?

MARI-GÓMEZ: ¿De qué? Nada admitís.

ZULIMA: ¿Podré verla?

MARI-GÓMEZ: Mancebo,  
yo os quisiera servir...  
Sois cortés, sois gallardo...  
pero eso que exigís...  
Mi señora es doncella,  
y sin contravenir  
a su decoro...

ZULIMA: (Con imperio.) Esclava,  
id, llamadla. Partid.

MARI-GÓMEZ: ¡Esclava yo! ¿Pues tengo  
pinta de marroquí,  
ni argelina? Yo soy  
libre, noble, y en fin,  
cristiana vieja.

ZULIMA: ¿Cómo  
dudarlo?

MARI-GÓMEZ: ¡Esclava a mí!  
Los Gómez cuando vino  
Santiago a convertir,  
eran ya tan cristianos

como fue el rey David.

ZULIMA: Pero...

MARI-GÓMEZ: Y gracias al cielo,  
ni moro ni gentil  
jamás en ellos hubo,  
ni maniqueo, ni  
valdense, ni albigense,  
ni por ningún desliz  
saco de penitencia  
tuvieron que vestir.

¡Esclava! ¡Me ha gustado!

ZULIMA: Perdonadme: viví  
en tierra donde abunda  
la condición servil...

MARI-GÓMEZ: ¿Venís de Palestina...?

Ya lo iba yo a decir.

Si se os conoce el aire  
que tienen los de allí.

¿Por qué lo habéis callado?

Siempre gusta el oír  
noticias de la guerra  
con esa gente ruin,  
y el rigor del honesto  
recato mujeril  
puede templarse en gracia  
de quien pisó el país  
donde al Señor le plugo  
cuna y tumba elegir.

Llama a Isabel corriendo.

(Vase una criada.)

Veréis un serafín,  
en rostro y en virtudes.

ZULIMA: Mi intento conseguí. (Aparte.)

MARI-GÓMEZ: Bien que, ¿cómo pudiera  
su sangre desmentir?

Buenos padres... y luego  
yo que la dirigí...

ZULIMA: De su virtud no dudo...  
si te puede sufrir. (Aparte.)  
(Vase la otra criada.)

## **ESCENA II**

ISABEL: . DICHAS.

ISABEL: Guárdeos Dios, caballero.

ZULIMA: Y a vos cual yo le pido, señora.

(Aparte.) Mi rival es ésta.

MARI-GÓMEZ: Es mi ama.

ZULIMA: Prevención inútil. (Aparte.) Mi sangre me lo hubiera dicho. (A Isabel.) La gratitud al cordial obsequio que he hallado en vuestra casa no me permitía dejarla sin agradecérosle.

Por esto me atreví...

ISABEL: La hospitalidad, que es una obligación para todo aragonés, para mis padres es cumplimiento de un voto. Nada nos debéis.

ZULIMA: Hermosa habrá sido. (Aparte.)

ISABEL: ¿Pudiera sin imprudencia saberse de dónde venís?

MARI-GÓMEZ: ¡De la tierra santa!

ISABEL: ¡De la tierra santa!

ZULIMA: Sí. Hace ya tiempo que llegué a España. (Aparte.) ¡Qué animación en su rostro!

ISABEL: Y decidme... ¿habéis conocido allá algún caballero de aquí?

ZULIMA: ¿De Teruel? Sí, conocí a uno.

ISABEL: ¿Os acordáis de su nombre?

ZULIMA: Ramiro Montalván.

ISABEL: ¡Montalván! No hay familia en Teruel de ese apellido.

ZULIMA: ¡Ah! Sí, que este nombre era supuesto. No he sabido hasta hace poco el verdadero. Llamábase pues... don Diego...

ISABEL: ¡Marsilla!

ZULIMA: Ése era su apellido.

ISABEL: ¡Cielos! Dios os ha traído sin duda a Teruel. Decidme, caballero, decidme, ¿dónde dejáis a Marsilla? ¿Cuánto ha que os separasteis de él? ¿Cuál era su situación entonces? Por Dios que me lo digáis.

ZULIMA: Ahora reflexiono que siendo natural de esta ciudad... Yo no he preguntado... ¿Estoy en su casa? ¿Sois vos su hermana?

ISABEL: No, no es esta su casa, no soy hermana ni deuda suya; pero... ¡me intereso tanto por él!

ZULIMA: Así me lo parece. Señora, nadie os pudiera dar tan buenas noticias como yo.

ISABEL: ¡Buenas! Dios os lo premie.

ZULIMA: Marsilla, cargado de honores y riquezas, adquiridos en Palestina, se hizo a la vela para España.

ISABEL: ¿Cómo? ¿Viene ya? ¿Ya vuelve?

ZULIMA: Ya ha vuelto mucho tiempo hace.

ISABEL: ¿Ha vuelto, decís?, y ¿ha tiempo?

¡Dios mío! Pero ¿cómo no ha llegado ya a Teruel? ¿A qué se ha detenido? ¿No habéis dicho que era ya rico? Creo que habéis dicho eso.

ZULIMA: Un amigo suyo que murió en la Siria le dejó heredero de sus bienes.

ISABEL: ¡Ah! Pues él debía haberse restituido inmediatamente a su patria.

ZULIMA: No tuvo él la culpa de que al volver le cautivaran en las costas de Valencia.

ISABEL: ¡Desventurado! ¡Está cautivo!

ZULIMA: Ahora... ya se halla libre.

ISABEL: Me salváis la vida. Acabad.

ZULIMA: Durante su esclavitud en Valencia, su gallardía y sus amables prendas hallaron gracia en los ojos de la esposa del rey.

ISABEL: ¡Qué decís! ¡Una mora se prendó de él! ¡Una mujer casada! ¡Qué infamia! Gente sin fe ni ley. Y esa mujer ¿era hermosa? Dicen que las moras valencianas son muy bellas. Pero él... él no amaría.

ZULIMA: No, yo os puedo jurar que no la ha amado. Yo me hallaba a la sazón en Valencia. De allí vengo ahora. Sé, a no dudarlo, que desechó, que despreció el amor de la princesa.

ISABEL: ¡Ah! No esperaba yo menos de su corazón.

ZULIMA: (Aparte.) ¡Presuntuosa! ¡Cómo se envanece!

ISABEL: ¡Un caballero cristiano rendirse a las seducciones de una enemiga de su Dios! No era creíble.

ZULIMA: Ciento. Mucho más cuando Marsilla tenía también amores en Teruel.

ISABEL: ¿Eso sabíais?

ZULIMA: Sí: de él mismo lo supe. Vos conoceréis a su dama. ¿Es hermosa?

ISABEL: No, caballero; la hermosura no resiste a la desgracia, y la amante de Marsilla ha sido muy infeliz. Algún día la envidiaron, la aborrecieron sus más lindas compañeras; ya todas la aman, todas la compadecen.

ZULIMA: Los pesares de esa dama prueban que era digna del amor de Marsilla. Él, anhelando reunirse con la que amaba, expuesto al furor de la sultana ofendida...

ISABEL: ¡Qué! ¿Fue capaz de rendirse...?

ZULIMA: (Aparte.) Ella propia me indica... (A ISABEL.) ¿Os parece fácil resistir a una reina hermosa que ruega y amenaza?

ISABEL: ¡Pérfido! ¡Inicua mujer! ¡Desventurada!

ZULIMA: . Podéis creer que sólo le movería a esto el ansia de recobrar su libertad: no le quedaba otro medio. Yo me disponía entonces a salir de Valencia. Vuestro paisano hubiera podido acompañarme; pero su destino mudó de aspecto. Sólo ha venido conmigo una joya suya.

ISABEL: ¡Una joya! (Aparte.) ¡Si fuera.. ! -Pero después...

ZULIMA: Después. . descubrió el rey la traición de su esposa...

ISABEL: ¡Cielos!

ZULIMA: Según las leyes del país, ambos merecían la muerte.

ISABEL: ¡La muerte! ¡Dios eterno!

MARI-GÓMEZ: ¿Son éas las buenas noticias que traéis?

ZULIMA: Quise decir ciertas, seguras. Además que para vos (A ISABEL.) nunca pueden ser de interés muy grande. No sois deuda de Marsilla; su dama me habéis dicho que no es bella; vos sois hermosísima; no sois su dama. ¿Qué os puede importar el que antes de ayer hayan tenido fin sus miserias?

ISABEL: ¡Santo Dios! (Desmayase.)

MARI-GÓMEZ: (Acudiendo a sostenerla.)

¡Señora! ¡Señora! (A ZULIMA.) ¿Qué es lo que habéis hecho? ¡Olalla! ¡Jimena! (Salen las dos criadas.) Un vaso de agua. ¡Válgame Jesús!

Ayudadme.

ZULIMA: (Aparte.) Sabe amar esta cristiana.

Yo sé más, sé vengarme.

MARI-GÓMEZ: Isabelita. (A una criada.) Dad acá para rociarle el rostro. (A ZULIMA.) ¿No pudisteis conocer con quién estabais hablando?

ZULIMA: ¡Miserable! ¿Sabes a quién hablas

tú?

MARI-GÓMEZ: Aún no vuelve.

## **ESCENA III**

MARGARITA: . DICHAS.

MARGARITA: ¿Qué es esto? ¿Qué ha ocurrido? ¡Mi hija!

MARI-GÓMEZ: Ese caballero, en mala hora venido...

ZULIMA: Sí: ved el efecto de una imprudencia mía: anuncié a vuestra hija, sin saber quién fuese, la muerte de Diego de Marsilla...

MARGARITA: ¡Marsilla!

ZULIMA: Sólo al verla desmayada pude conocer que ella era a quien debía entregar una joya que me dio en Valencia el mismo Marsilla.

(ISABEL hace un movimiento y su madre acude a ella, olvidando a ZULIMA.) Ahí queda.

(Pone la joya sobre la mesa.) Perdonad que tan aciagamente haya desempeñado un mensaje. A Dios. (Vase.)

MARI-GÓMEZ: Id con mil demonios.

## ESCENA IV

MARGARITA: . ISABEL. MARI-GÓMEZ.

MARGARITA: Isabel, Isabel mía.

ISABEL: ¡Madre! ¿Es mi madre?

MARGARITA: Sí, querida hija, alentad.

ISABEL: ¡Madre! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto!

MARGARITA: ¡Hija infeliz!

ISABEL: Ha muerto... porque me ha vendido.

¡Ingrato!

MARGARITA: Desahogaos en mi seno. Venid,  
yo mezclaré mis lágrimas con las vuestras.

ISABEL: ¡Ha muerto! Ya todo se acabó, ya no  
hay esperanza, ya no tengo por qué vivir. Si era  
preciso, ¿cómo, al abandonarse a los brazos de  
una adúltera, no pensó que provocaba el enojo  
del cielo, del cielo que, aun inocentes, se ha  
ensañado contra nosotros? ¡Infeliz!

MARI-GÓMEZ: (A MARGARITA.) La adúlte-  
ra es la mujer del rey de Valencia.

MARGARITA: El cielo, que os presenta este  
cáliz de amargura, os dará también fuerzas  
para probarle. Procurad sosegaros.

ISABEL: ¡Sosegar! ¡Amad veinte años, amad  
toda la vida, vivid sólo con la esperanza del  
logro de un amor legítimo; perded de un golpe  
todas las ilusiones de la vida y del alma; cono-  
ced que habéis amado a un traidor, un aleve, y  
sosegaos, y tranquilizaos! Decid al mar que se

aplaque cuando sopla el viento más embravecido. ¡Muerto por amores con una infiel! ¿Se ha ausentado ya ese fatal mensajero, sin aguardar a explicarme...? Yo quiero saber mil cosas, quiero que me satisfaga mil dudas. Llamadle: llámale, María.

MARGARITA: Sí, yo también quiero preguntarle... Idle a buscar.

MARI-GÓMEZ: No os desconsoléis, Isabelita. ¿Quién sabe? La edad de ese joven, un tonillo de ironía, cierta confusión que he creído notar en su semblante... todo me hace sospechar si nos habrá engañado. (Vase.)

ISABEL: No, nunca las nuevas del mal son falsas. Él habló además de una joya...

MARGARITA: Aquí la ha dejado. (Dásela.)

ISABEL: ¿La veis, querida madre? ¿La conocéis? Esta joya era mía. Yo se la di la víspera de su partida. Él me prometió no separarse de ella. «Si en medio de las lides que voy a buscar, me dijo, hallo la muerte, devuelta te será esta prenda empapada en mi sangre. Amigo o enemigo, no faltará quien se encargue de ponerla en tus manos.» Ya ha llegado a ellas: aquí está. ¿Y he de dudar de su muerte?

(Sale MARI-GÓMEZ.)

MARI-GÓMEZ: Montó a caballo así que salió de aquí. Ya estará fuera de la ciudad.

MARGARITA: (Aparte.) No sé qué pensar de esto.-Retiraos, Mari-Gómez.

MARI-GÓMEZ: Repito que ese barbilampiño tenía pinta de embustero y de mal intencionado. Bien decía mi padre vicario: Meliora sunt ubera tua vino. Mala hora coja al que no beba vino. (Vase.)

## ESCENA V

MARGARITA: . ISABEL.

ISABEL: ¡Que es don Diego desleal!  
No hay fe entonces en la tierra.  
¿Madre, lo creéis? Yo no,  
lo creo; ni creyera  
a mis ojos si lo viesen.  
Si no es posible que sea;  
si a haberme sido traidor,  
mi pecho lo presintiera,  
y jamás ni un solo instante  
sospeché de su fineza.  
Misterio hay aquí sin duda.  
Él me amaba.-Qué aprovecha.  
Ya murió.

MARGARITA: ¡Isabel querida...!  
ISABEL: Venga, don Rodrigo, venga,  
reclame mi mano; ya  
le aguardo con impaciencia.  
Sí, porque para morir  
otra cosa no me resta.  
MARGARITA: No, la razón...  
ISABEL: ¡Con qué orgullo  
asirá Azagra mi diestra!  
«Ya eres mía, me dirá,  
vana fue tu resistencia,  
vano el desdén; tu amor tuvo  
que postrarse ante mi estrella.  
Me despreciabas, me odiaste:  
ya a la autoridad sujetas  
estás del que despreciabas.»  
Si el llanto mi rostro anega,  
«detén, me dirá, ese llanto,  
que es de mi honor en ofensa»,  
y tendré que detenerle.  
Y cuando suspirar quiera,  
deberé ahogar el suspiro,  
que mirara como muestra  
de un afecto criminal...

¡y lo será! -No.-¡Firmeza!

Con una palabra evito

que nadie acusarme pueda.

MARGARITA: ¡Cómo! Ya conoceréis

que ninguna excusa os queda...

ISABEL: Yo a don Rodrigo hablaré:

sí, yo le diré resuelta:

«Si hallar la dicha pensáis  
con hacerme esposa vuestra,  
sabed que en mi pecho habitan  
la amargura y la tristeza.

¿Conocéis en esta cara  
marchita y amarillenta,  
en estos ojos que cubre  
de dolor oscura niebla,  
en este labio en que siempre  
un ¡ay! lastimero suena,  
en esta efigie animada  
del pesar, veis la belleza  
que llamasteis algún día  
en mil trovas lisonjeras  
perla del Guadalaviar,  
de Teruel fúlgida estrella?  
Mi sangre está ya viciada,  
corre acíbar en mis venas,  
va a contagiaros mi mano,  
y en unión tan mal dispuesta,  
en vez de felicidad,  
sólo encontraréis vergüenza,  
remordimientos, hastío,  
desesperación violenta,  
y con mi fin prematuro  
vuestra desgracia perpetua.»

MARGARITA: ¿Y tendrás valor...?

ISABEL: ¡Valor!

Decidme si hay por qué tema:  
decid si dudáis que arrojo

un desesperado tenga.

MARGARITA: Si os manda un padre...

ISABEL: Diré

que no.

MARGARITA: Si una madre os ruega...

ISABEL: No.

MARGARITA: De rodillas.

ISABEL: Mil veces

no. Podrán enhorabuena,  
de los cabellos asida,  
arrastrarme hasta la iglesia,  
podrán maltratar mi cuerpo,  
cubrirle de áspera jerga,  
emparedarme en un claustro  
donde lentamente muera;  
todo esto puede mi padre,  
pero arrancar a mi lengua  
un sí perjuro, no.

MARGARITA: Tú

has dictado mi sentencia;  
mi suerte me vaticinas.  
No serás tú quien se vea  
de un monasterio en la cárcel  
sepultada con afrenta,  
destrozada, emparedada;  
seré yo, yo, que deshecha  
en lágrimas, a tu padre  
pediré por gracia extrema  
que el corazón me atraviese,  
y veré que me la niega,  
porque más lento, más crudo  
suplicio es justo que sienta.

ISABEL: ¡Vos a quien mi padre adora!

MARGARITA: Quizá hoy mismo me aborreza,

cuando le haga ver Azagra  
con irrecusables pruebas

que en una concorte infiel  
su amor engañado emplea.

ISABEL: ¡Gran Dios!

MARGARITA: Sí, casada y madre,

la seducción halagüeña

del amante me rindió

que fue mi afición primera.

Vino el arrepentimiento;

volé al altar; penitencia

crüel que durar debía

por diez años fueme impuesta,

y la cumplí, y la seguí

mucho después que cumpliera.

Si entrases en mi oratorio,

donde nadie jamás entra

sino yo, si las paredes,

si aquel pavimento vieras

que cubre de sangre mía

gruesa y hórrida corteza...

los cilicios..., ¡oh! quizá

de mi castigo sintieras

más piedad que indignación

de mi orgullo.-Satisficha

de la expiación, creí

ya merecer que secreta

la culpa hasta el día último

del universo yaciera.

Juzga tú de mi terror

cuando instando a que cediera

de su pretensión Azagra,

las cartas ayer me muestra

por mí a mi cómplice escritas,

y me amenaza ponerlas

en las manos de tu padre

si tú la tuya le niegas.

ISABEL: ¿Con que hay también infortunio

(Después de un momento de pausa.)

que a mi infortunio supera?

¿Hay un ser a quien salvar  
yo de su despecho pueda?

MARGARITA: ¡Salvarme! No lo merezco.

¡Salvarme! ¿Quién te lo ruega?

¿Para hacer tal sacrificio  
qué me debes tú? Dureza,  
rigores. Si soy tu madre,  
si te amé, cuándo halagüeña,  
cuándo amorosa me viste?

Ayer.

ISABEL: ¡Oh madre! ¿Pudierais  
dudar de lo que hacer debo,  
de lo que haré? -Sí, que incierta  
yo también estoy -Mas, ¿cómo?,  
¿no soy hija?, ¿no se encuentra  
mi madre en riesgo?, ¿no puedo  
librarla? Mi vida es vuestra,  
tomadla: así Dios, así  
lo manda naturaleza.-

¡Casarme con don Rodrigo!

¡Albricias, alma, no temas!

MARSILLA: es muerto.

MARGARITA: (Aparte.) ¡Oh rubor!

ISABEL: Y me ha ofendido. ¿No es cierta  
su traición? Decidme, madre,  
que me ha olvidado en la ausencia,  
y que en una mora puso  
el amor que me debiera.

¿No es cierto también que Azagra  
una alma celosa alberga,  
iracunda, vengativa?

¿que mis ayes y querellas  
se le harán insoportables,  
y querrá que los contenga,  
no podré, y se irritará,  
y me matará?

MARGARITA: ¡Isabela!

¡Qué horror!

ISABEL: Tengo yo también  
cartas amantes que lea.  
Yo las tengo, y algún día  
las verá Azagra.

MARGARITA: ¡Oh si fueran  
las mías tan inocentes!

ISABEL: ¡Inocentes! Sí: pureza  
respiran todas, pasión  
que ni culpable ni nueva  
parecerá a don Rodrigo.

¿Veis esto, madre? ¿Son esas  
(Mostrándole un retrato.)  
sus facciones? Pues sabed  
que mi mano ruda, indiestra,  
ese bosquejo trazó  
sin que dechado tuviera  
más que la imagen, que fija  
en mi pecho se conserva.

Permitidme besar  
por última vez..., por ésta.  
Tomad. Hecho el sacrificio  
está ya, y estoy serena...,  
tranquila..., como la tumba.

Imitad vos mi entereza,  
mi calma..., y no me digáis  
ni una palabra siquiera.

Vuestra fama está en mi mano:  
la conservaréis ilesa.

Se casará vuestra hija;  
no importa lo que le cuesta. (Vase.)

## ESCENA VI

MARGARITA: .

MARGARITA: ¡Santo Dios! ¿Qué es lo que  
hice?

¿Soy madre yo? No lo soy:

en mi corazón estoy  
oyendo una voz que dice:  
Tú has abusado, infelice,  
con egoísmo cruel  
de la virtud de Isabel  
por evitar tu castigo.  
Si bárbaro es don Rodrigo,  
¡compárate tú con él!  
Pero ¿dónde hay resistencia  
para renunciar al fruto  
de quince años que en tributo  
consagré a la penitencia?  
¿Me ofreceré a la presencia  
de mi esposo y de Aragón  
con el hediondo borrón  
del crimen que cometí?  
En mal hora merecí  
tan buena reputación.  
Con placer me sujetara  
del castigo a la fiereza  
como sólo en mi cabeza  
su peso se acumulara;  
pero si se divulgara,  
si sabe el mundo mi error,  
la mengua y el deshonor  
más oprimen a mi esposo.  
¡Qué golpe tan horroroso!  
Le va a matar el dolor.  
Viva Segura, Dios mío;  
si nueva culpa cometo  
por conservar mi secreto,  
tú verás cómo la expío.  
Yo de mi Isabel confío;  
su amante ya pereció;  
la suerte me sujetó  
este partido a tomar:  
me puedo sacrificar,

pero a mi marido no.

## **ACTO IV**

## **PRIMERA PARTE**

Decoración corta que representa el camarín o gabinete de DOÑA ISABEL. Una puerta grande en el fondo que al abrirse dejará ver una larga sala; otra puerta menor a un costado.

## ESCENA I

ISABEL: . MARI-GÓMEZ.

(Aparece ISABEL ricamente vestida sentada en un sillón delante de una mesa, sobre la cual descansa un espejo metálico sostenido por un atril. MARI-GÓMEZ está acabando de adornar a su joven ama cuyas galas forman singular contraste con su profunda melancolía y abstractación.)

MARI-GÓMEZ: ¿Qué os parece el adorno de la cabeza? Nada, ni me oye. Que os miréis os digo: alzad ese rostro. ¿Qué tal? (ISABEL levanta maquinalmente la cabeza y vuelve a inclinarla sin haber fijado la vista en el espejo.) A esotra puerta. ¡Miren qué trazas de novia! Pues si está cuando se case tan distraída, entonces ¡sí que será lance donoso! Vamos con las manillas. (Va a abrocharle una manilla, y se le escapa el brazo.) Pero sostened el brazo vos. Vaya, esto es amortajar un difunto. (Pónele las dos manillas, manejándole los brazos a su arbitrio.) Para el collar me dejaré de historias. (Álzale la cabeza: ISABEL da un suspiro.)

ISABEL: ¡Ah!

MARI-GÓMEZ: Le prenderemos aquí el velo como se pueda. (Lo hace.) ¿Qué falta? Creo que nada. Vamos, bien estáis. Ello, me habéis hecho perder la paciencia treinta veces. ¡Y yo que qui-

siera poneros hecha una imagen, yo que me miro en vos! Por fin, ya llegó el día de veros ataviada. Hoy resucitáis las envidias que han estado enterradas seis años.

ISABEL: (Siempre enajenada.) ¡Marsilla!

MARI-GÓMEZ: (Aparte.) Dios le haya perdonado. (A ISABEL.) Ahora... yo diré a don Rodrigo lo que hace al caso. Cada domingo me habéis de estrenar una gala. Os he de hacer pagar el desaliño de doncella con el esmero de casada.

ISABEL: Casada... (Esta expresión la saca de su enajenamiento: mira a MARI-GÓMEZ, se ve en el espejo, se mira a sí propia, reúne sus ideas, y dice luego con melancólica sonrisa.) ¡Ah! Es mi último vestido.

MARI-GÓMEZ: ¡El dulcísimo nombre de Jesús! Libera nos a malo. No lo querrá Dios, Isabelita de mi alma, no lo querrá Dios; antes os hará tan dichosa como merecéis. Pero salid de ese abatimiento, que no parecéis sino un reo sentenciado a muerte. Mirad que ya van a venir los convidados a la boda, y es menester no dárles que decir.

ISABEL: (Con sobresalto.) ¿Qué hora es ya?

MARI-GÓMEZ: No tardarán en tocar a vísporas ahí al lado, en San Pedro. Es la hora en que salió don Diego de Teruel, y hasta que cumpla, no está libre mi señor de su promesa.

ISABEL: Sí, a esa hora, a esa hora misma, seis años hace, partió de su patria el infeliz Marsilla... para nunca volver. En este mismo aposento me hallaba yo; allí, delante de ese balcón estaba: mis ojos regaban copiosamente mi labor como ahora mis galas nupciales. Continuamente se dirigían mis inquietas miradas a la calle por donde había de pasar para verle... como

ahora que no le verán. Por allí vino, montado en el fogoso alazán enseñado a pararse bajo mis rejas. Por allí vino, vestida la cota, la lanza en la mano, al brazo la banda, último donde mi cariño. Allí se detuvo: desde allí me dirigió el adiós postrero. Hasta la dicha, o hasta la tumba, me dijo. -Tuya o muerta, exclamé yo enajenada, tuya o muerta fui a repetirle, y oprimido el corazón de la angustia, caí sin aliento en el balcón mismo, tendidas las manos hacia la mitad de mi alma que se ausentaba. ¡Suya o muerta!, y voy a dar la mano a don Rodrigo. ¡Bien cumple mi palabra!

MARI-GÓMEZ: Hija mía, desechad esas ideas. Yo ¿qué os he de decir para consolaros? Vos sabéis más que yo: yo no soy más que una pobre mujer, que porque vos recobraseis la paz del alma, porque fuerais feliz, daría todos los días que le quedan de vida, menos uno para verlo.

ISABEL: Con que ¿tanto me quieres, María?  
Con que ¿te afligen tanto mis pesares?

MARI-GÓMEZ: Hija Isabel, ¿no han de afligirme? ¡Pues qué! ¿El haberlos recibido al nacer en mis brazos, haber mecido vuestra cuna, veinte y cuatro años de afán continuo, no han de haberme inspirado ley? ¿Quién más acariciada, más mimada que vos de mí? ¿Qué madre más indulgente con una hija que yo con vos? No quita esto que os riñera: sí señor, cuando convenía; pero ¿cómo os regañaba? Siempre mis sermones os hacían reír. Miento: ni reír ni llorar, porque como no me escuchabais las más de las veces... Y a fe que aún no habéis perdido esa maña. ¡Desagradecida! Vos habéis tenido en mí otra madre, y yo sólo he tenido en vos una discípula sorda. Discipulis surdis, como dijo

San Paralipómeno.

ISABEL: Perdóname, amada María; no soy ingrata. Dame un abrazo. ¡Si vieras...! ¡Me cuesta tanto trabajo atender a lo que me dicen! Tengo una pesadez, una desazón...

MARI-GÓMEZ: ¡Válgame Dios! ¡Y mi señora que no está en casa! Se marcha a asistir al hijo del juez, sin pensar que puede hacer falta aquí. Yo voy a llamarla corriendo.

ISABEL: ¿Para qué? Yo padezco, pero en el alma: ¿quién cura esta dolencia? Parece que dentro de mí se levanta una voz sedicosa, terrible, voz que no viene de mi voluntad, que viene sin duda del infierno, (MARI-GÓMEZ se santigua.) que me instiga a despreciar, a hollar los vínculos de la naturaleza, los respetos del trato humano, los mandamientos de la ley; a hacer daño a otro; a no impedir males, porque me cuesta demasiado el impedirlos. Tú no me entiendes, María; pero si te acuerdas del año en que una enfermedad pestilente guió su carro exterminador sobre este reino, en que la mitad de España se ocupaba en abrir sepulturas para la otra mitad que perecía; si te acuerdas de aquella recia batalla que se dieron en mi cuerpo la vida y la muerte, en que la muerte quedó vencida, tendrás una lejana idea del combate mental que sufro, cuyos golpes hieren todos en mi carne, y cuyo fin no sé cuál será.

MARI-GÓMEZ: Vaya, vaya; yo voy por mi ama. Y que también... aunque envió a decir que por ella no se aguardase, siempre es mejor que os acompañe a la iglesia.

ISABEL: ¡Ah, sí!, que venga. Dile que necesito su presencia, que es preciso que no se aparte de mí.

MARI-GÓMEZ: Descuidad, que no volveré

sola. (Vase.)

## **ESCENA II**

ISABEL: .

ISABEL: Condúzcame al altar mi madre,  
dícteme el sí su labio, dígame que si no le pro-  
fiero, le doy la muerte. . sino... no sé si lo pro-  
nunciaré. Ayer, al acabar de oír la fatal revela-  
ción, antes de darme tiempo para conocer la  
inmensidad del sacrificio, entonces debían  
haberme presentado a Azagra. Hoy está ya roto  
el hechizo, frío el entusiasmo, y fatigada la vir-  
tud, rehúsa repetir el esfuerzo. Lo estoy viendo:  
con los ojos clavados en el angustiado semblan-  
te de mi madre, con el alma ardiendo en el de-  
seño de salvarla, con la lengua pronta a obedecer  
a mi padre, saldrá de lo más hondo de mi pe-  
cho un no que nadie podrá detener, nadie, ni yo  
misma. ¡Qué veo! ¡Don Rodrigo! (Está parado  
junto a la puerta lateral.)

## **ESCENA III**

DON RODRIGO. ISABEL.

RODRIGO: Mis ojos por fin os ven a solas,  
ángel hermoso.

Siempre un amargo desdén y un recato rigoro-  
so me han privado de este bien.

Trémula estáis; ocupad la silla.

ISABEL: ¡Ante mi señor!

RODRIGO: Esclavo diréis mejor.

Soberana es la beldad  
en el reino del amor.

ISABEL: ¡Mentida soberanía!

RODRIGO: De mi rendimiento fiel  
que dudarais no creía.

¡Si a conocer, Isabel,  
llegaseis el alma mía...!

ISABEL: ¡Es noble, es humana, es bella!  
No ha mucho que lo ha mostrado.

RODRIGO: Tal siempre ha sido mi estrella:  
descubrir no me ha dejado  
sino lo deforme en ella.

Un Azagra conocéis  
orgulloso y vengativo,  
y otro, oyéndome, veréis,  
que en vuestro rigor esquivo  
figuraros no podéis.

El Azagra que os adora,  
el Azagra para vos,  
no lo conocéis, señora,  
y nos conviene a los dos  
una explicación ahora.

ISABEL: Si pretendéis abonar  
un odioso proceder,  
en balde os vais a cansar.

Mejor, a mi parecer,  
para ambos será callar.

RODRIGO: ¡Isabel! Deshonra y muerte  
y eterna condenación  
no hacen en mi ánimo fuerte  
la dolorosa impresión  
que la idea de perderte.

Maldición más espantosa  
no pudo echarme jamás  
una lengua venenosa  
que decir: No lograrás  
hacer a Isabel tu esposa.

Vuestra madre, mi rival  
que de la tumba se alzara,  
cualquier osado mortal  
que entre vos se colocara  
y entre mí para mi mal,  
ante mis celos cayera  
en sangriento sacrificio:  
no hay medio que yo omitiera,  
de violencia o de artificio,

como a vos me condujera.  
Poseeros para ser  
virtuoso necesito;  
robaros a mi querer  
es acercarme al delito  
y hacérmele cometer.  
No me interrumpáis: sin duda  
vais a decir... con razón...  
que especie de amor tan ruda,  
dejando de ser pasión,  
en barbarie ya se muda.  
No vuestro amor delicado  
me pintéis para mi mengua:  
quizá no lo haya expresado  
en seis años vuestra lengua  
sin haberlo yo escuchado.  
Cuantas cartas escribió  
MARSILLA: ausente, leí;  
su retrato, que él no vio,  
yo he visto. No hay llave aquí  
que doble no tenga yo.  
Veros fue mi ocupación  
y oíros de noche y día;  
y deserté de Monzón  
siempre que lo permitía  
mi sagrada obligación.  
Viéndoos al balcón sentada  
por las noches a la luna,  
mi fatiga era pagada:  
no ha sido mujer alguna  
de amante tan respetada.  
Para romper mis prisiones,  
para defectos hallaros  
fueron mis indagaciones;  
y siempre para adoraros  
encontré nuevas razones.  
Seducido el pensamiento

de lisonjeros engaños,  
un favorable momento  
hace que espero seis años,  
y aún llegado no leuento.

Pero por ventura ya  
no puede estar muy distante.

ISABEL: ¡Qué! ¿Pensáis que cesará  
mi pasión, muerto mi amante?

No, lo que yo vivirá.

RODRIGO: Pues bien, amad, Isabel,  
y decidlo sin reparo;  
que con ese amor tan fiel,  
aunque a mí me cueste caro,  
nunca me hallaréis cruel.

Mas si ese afecto amoroso,  
cuya expresión no limito,  
mantener os es forzoso,  
yo, mi bien, yo necesito  
el nombre de vuestro esposo.

¡No más que el nombre! y concluyo  
de desear y pedir:  
de mí todo afán excluyo  
sólo con poder decir:  
«Me llaman marido suyo».

Separada habitación,  
distinto lecho tendréis.

¿Queréis más separación?

Vos en Teruel vivréis,  
yo en la corte de Aragón.

¿Teméis que la soledad  
bajo mi techo os consuma?  
Vuestros padres os llevad  
con vos; mudaréis en suma  
de casa y de vecindad.

Nunca sin vuestra licencia  
veré esos divinos ojos:  
mas dádmela con frecuencia.

Si os oprimen los enojos,  
hablad, y mi diligencia  
ya cañas, ya la batida,  
ya músicas dispondrá.  
Si lloráis... ¡Prenda querida!  
Cuando lloréis, ¿qué os dirá  
quien no ha llorado en su vida?  
Nací altanero, servil  
la suerte aduló mi gusto  
desde la edad infantil.  
Híceme inflexible, adusto,  
tirano en la edad viril.  
Pero ¿qué he de hacer, si en vano  
lucho con mi condición?  
Piedad de mi orgullo insano;  
yo con vuestra inclinación  
no me mostraré inhumano.  
Míseros ambos, hacer  
con la indulgencia podemos  
menor nuestro padecer.  
Ahora, aunque nos casemos,  
¿me podréis aborrecer?  
ISABEL: ¡Don Rodrigo!, ¡don Rodrigo! (Sollozando.)  
RODRIGO: ¿Lloráis? ¿Es porque me muestro  
digno de ser vuestro amigo?  
¿No sufrí del odio vuestro  
bastante el duro castigo?  
ISABEL: ¡Oh! no, no; mi corazón  
palpitá de odio no sabe.  
RODRIGO: Ni ya más resolución  
tampoco en el mío cabe,  
mirando vuestra aflicción.  
¡Qué lágrimas! ¡Ay! Y ¡cuántas  
habéis vertido por mí!  
Vedme, vedme a vuestras plantas.  
Vencisteis.-¿Y podré...? Sí,

salid de zozobras tantas.  
Ya quedáis en libertad  
de darmo o no vuestra mano:  
seguid vuestra voluntad.

Libre sois.

ISABEL: ¡Dios soberano!

RODRIGO: Tomad las cartas, tomad.

(Pónelas sobre la mesa, después de haber nota-  
do la falta de una.)

Una falta: me olvidé...

Tendréisla, que no la quiero.

Callar juro por la fe  
de aragonés caballero...

No, no, nada juraré.

Cuando derribo el altar  
que a mi esperanza erigí,  
terror quisiera inspirar,  
y de mis armas así  
no me debo despojar.  
Voy todo lo prevenido  
a detener, sin embargo.

## **ESCENA IV**

DON PEDRO. DICHOS.

PEDRO: Los padrinos han venido.

RODRIGO: Ya cesaron en su encargo:  
todo queda suspendido. (Vase.)

## **Escena V**

DON PEDRO. ISABEL.

PEDRO: (Con admiración y enojo.) ¡Isabel!

ISABEL: Querido padre, no me miréis con ira,  
no me condenéis antes de oírme.

PEDRO: ¿Se aparta don Rodrigo de su empe-  
ño?

ISABEL: Lo deja a mi resolución.

PEDRO: Eso es distinto. Con todo, no eres tú  
quien debiera decidir: fijar tu suerte es derecho  
mío. Como padre me toca mandarte...; prefiero,  
sin embargo, aconsejarte como amigo. Ni aun te  
aconsejaré; te descubriré sólo secretos que esta-  
ba obligado a callar, pero que mi honor exige  
ahora que revele. Después tú decidirás.

ISABEL: ¡Oh padre de mi alma! (Bésale la ma-  
no.)

PEDRO: Cuando un injusto fallo me iba a  
despojar cuatro años ha de mis bienes, y a de-  
jarnos sumidos en la miseria, ¿sabes quién fue

el desconocido que obtuvo la revocación de la sentencia? Don Rodrigo.

ISABEL: ¡Don Rodrigo!

PEDRO: Cuando dos años ha, prisionero yo de los indignos satélites de don Sancho, iba a ser degollado de su orden, ¿sabes quién me libró, ya bajo el hacha del verdugo? Don Rodrigo.

ISABEL: ¡Don Rodrigo!

PEDRO: Cuando cinco años hace, agotados todos los recursos de la ciencia para volverte a la vida, tu madre y yo, ahogados de pena, esperábamos de un momento a otro verte lanzar el último aliento, ¿sabes quién trajo desde Jaén aquel médico árabe que Fingió pasar accidentalmente por aquí?

ISABEL: ¿Fue don Rodrigo?

PEDRO: A él entonces debiste la vida.

ISABEL: A él se la consagrará ahora. ¡Dios justo! A vos pongo por testigo de mi resistencia y de los combates que he sufrido. Por todas partes han asaltado mi corazón. Ya no puedo más... Llamadle.

PEDRO: Tú me haces feliz, hija mía. (Vase.)

ISABEL: Estaba escrito en el cielo que este hombre había de ser mi esposo. Séalo. No seré ingrata con él... seré perfida con mi infeliz Marsilla. ¡Oh Marsilla!, si tú vivieses... Desde el empíreo, donde me estás mirando, ¿serás capaz de culparme? Tú quizás me perdonarás...; yo al tiempo que cedo a la ley de la suerte, no puedo perdonarme a mí misma.

(Ábrese la puerta del fondo. Se ve la sala, y entran en ella muchas damas y caballeros, algunos de los cuales pasan al gabinete.)

## ESCENA VI

DON RODRIGO. DON PEDRO. DON MARTÍN. MARI-GÓMEZ. DAMAS. CABELLOS. PAJES. ISABEL.

RODRIGO: ¿Podré creer tanta dicha, Isabel?  
¿Consentís voluntaria en darme la mano?

ISABEL: La habéis ganado. Tomadla. Vamos al templo.

PEDRO: Aún no ha cumplido el plazo otorgado a don Diego. Al toque de vísperas de este día salió el malogrado joven de Teruel seis años hace: hasta que suene esa señal en mi oído no soy dueño de disponer de mi hija. (A DON MARTÍN.) Sólo para haceros ver el exacto cumplimiento de mi promesa me he atrevido a suplicaros que vengáis a mi casa, mi infeliz amigo.

MARTÍN: ¡Inútil escrupulosidad! No os detengáis. No romperá mi hijo el seno de la tierra para reconveniros.

ISABEL: ¡Infeliz! (Aparte.)

PEDRO: Fiel a lo que juré me verá desde el túmulo, cual me hallaría viviendo.

RODRIGO: Isabel desea la compañía de su madre: pudiéramos pasar por casa del juez...

MARI-GÓMEZ: Ahora empezaba el herido a volver en su conocimiento. Si antes del toque de vísperas no se halla mi señora en la iglesia,

es señal de que no puede asistir a la ceremonia:  
esto me ha dicho.

PEDRO: La esperaremos en el templo. (A  
DON MARTÍN.) Si la pesadumbre os permite  
acompañarnos, veréis...

MARTÍN: Excusadme el presenciar un acto  
tan doloroso para mí...

PEDRO: Estad seguro de que hasta que no  
oigáis la campana no habrá dado su mano Isa-  
bel. Estos caballeros os informarán de que he  
esperado hasta el cabal vencimiento del plazo.

ISABEL: Dios de bondad, asistidme. (Aparte.)

PEDRO: Vamos. (Vanse todos, menos DON  
MARTÍN.)

## **ESCENA VII**

DON MARTÍN.

DON MARTÍN Creí por un momento que Isabel debía ser más fiel a la memoria de su amante. ¡Vanidad! ¿Qué falta hace al mísero cadáver de mi hijo la constancia de la que amó? Si su sombra necesita lágrimas, ¿no le bastan las mías? ¡Hijo de mi dolor! Mi pobreza te robó tu dicha, te desterró de tu patria, te ha hecho morir en tierra ajena. Desde ayer a hoy mi frente anciana se ha vuelto decrépita. Pronto me reuniré a mi hijo.

## **ESCENA VIII**

MARGARITA: , por la puerta del costado.

DON MARTÍN.

MARGARITA: ¡Isabel! ¡Don Pedro! (A DON MARTÍN.) ¿Vos aquí solo? ¿Han marchado ya? ¿Hace mucho tiempo?

MARTÍN: Pocos instantes. Debíais haberlos visto.

MARGARITA: Vengo por el jardín.

MARTÍN: Os van a esperar en la iglesia.

MARGARITA: No me esperarán sino hasta la hora prescrita. Va a sonar al punto. Don Martín... yo no puedo... La iglesia está a un paso... Corred vos, estorbad el casamiento. Vuestro hijo vive.

MARTÍN: ¡Vive! ¡Ángeles del cielo! ¿Vive? ¿Es verdad? No me engañéis, por Dios.

MARGARITA: No hay duda, no puede tardar en llegar.

MARTÍN: ¿A Teruel?

MARGARITA: Tal vez entra ya por sus puertas.

MARTÍN: Yo no acierto a creer tanta dicha.

MARGARITA: La noticia de ayer fue falsa, fue obra del rencor y de la impostura. Sí, acabo de saberlo de Jaime Celada.

MARTÍN: ¿El hijo del juez? ¿El que estaba cautivo?

MARGARITA: Estaba en Valencia. Vuestro hijo vuelve opulento. Ha salvado la vida al rey moro. Se hallaba doliente... envió a Jaime para anunciar su llegada, y el infeliz mensajero fue herido ayer a una legua de aquí. Hasta hoy no se le ha conducido, hasta ahora no ha podido hablar...

MARTÍN: Basta; no más.

MARGARITA: Deteneos, oíd. No digáis... por Dios no digáis que yo os envío. Decid que habéis sabido la nueva en casa de Celada. Nada os importa esa ficción, y a mí...

MARTÍN: Yo lo prometo: a Dios. ¡Mi hijo vive!

(Vase.)

## ESCENA IX

MARGARITA: .

MARGARITA: ¿Llegará a tiempo? Aún no suena la campana que ha de señalar el momento del consorcio. Tiempo será. Si está de Dios, que mi delito se publique. Vivo Marsilla, ¿cómo había yo de permitir que mi Isabel...? Mi pobre Isabel, que se sacrificaba por mí... Jamás: no llega a tanto mi barbarie. Sépase todo. Y todo se sabrá. ¿Cómo no ha de vengarse don Rodrigo? Ya no tengo esposo, ni hija, ni nombre. Sí, el de adultera. Dios mío, fuerzas para soportar la ignominia. Sí, vos me las daréis. Ya he sentido vuestro auxilio: vos me habéis hecho romper el pomo de veneno hallado junto a Celada; humedecida en él la flecha de la mora, traspassada apenas la piel del triste joven, ha estado un día sin sentido... Si yo cedo un momento... No me abandonéis ahora. ¡Cuántos escarnios! ¡Cuántas maldiciones me aguardan! (Óyese muy de cerca el toque de vísperas.) ¡Cielos!, ya será tarde. Su padre no puede haber llegado. Salgamos de tan horrible duda. ¡Perdón, Dios mío! (Vase.)

## **SEGUNDA PARTE**

**BOSQUE INMEDIATO A TERUEL**

## ESCENA I

MARSILLA: y ADEL atados a dos árboles.

SEIS BANDIDOS, de los cuales unos observan a los dos presos, y otros registran sus maletas.  
(Marsilla escucha convulsivo el toque de vísporas que se oye a lo lejos.)

MARSILLA: Ese fatal sonido viene a aumentar mi desesperación. Si al ver que no llego... ¡Oh! no, todo lo habrá evitado Celada. Isabel me espera, y yo aquí entre tanto... Traidores, viles bandidos.

BANDIDO 1.º ¿Cómo traidores?

2.º ¿Cómo bandidos?

1.º Nosotros somos leales soldados del infante don Sancho.

2.º Del legítimo rey de Aragón.

1.º (A ADEL.) ¿Dónde vienen esas joyas, perro?

MARSILLA: ¡Ocúltaselos, Dios mío! (Aparte.)

ADEL: Yo no tengo ni sé de joya alguna: no traigo más que un puñal y un seguro de mi rey.

2.º A ver el puñal. ¡Mango de cobre! ¿No podías habérselo echado siquiera de plata?

ADEL: Lo merecía: no está esa hoja destinada a sangre ruin.

1.º Tú serás el primer ruin que la estrene si no cantas claro.

ADEL: La litera y el equipaje vienen media jornada más atrás: tal vez allí...

1.<sup>º</sup> Bellaco, la litera no trae las riquezas. Los diamantes vienen con vosotros. Nos ha informado quien lo sabe.

3.<sup>º</sup> Aquí está: ya pareció. (Muestra una arquita de baqueta.)

MARSILLA: ¡Cielo vengador! (El primer bandido deja caer en el vuelo el puñal de ADEL, y acude a ver las joyas.)

TODOS LOS BANDIDOS A ver, a ver.

1.<sup>º</sup> (Abriéndola) ¡Perlas...! ¡Brillantes!

2.<sup>º</sup> ¡Diamantes verdes!

3.<sup>º</sup> ¡Diamantes morados!

2.<sup>º</sup> ¡Cómo relucen los blancos!

1.<sup>º</sup> ¡Es un tesoro!

TODOS ¡Un tesoro! A marchar, a repartir.

MARSILLA: ¡Desventurados! Teneos, escuchad.

3.<sup>º</sup> ¿Traes otra cajita?

1.<sup>º</sup> Marchemos; el golpe está dado, nos hallamos a las puertas de Teruel, y hoy ha salido tropa a recorrer estas cercanías. El juez Domingo Celada está furioso por el lance de su hijo.

MARSILLA: Quidadme la vida si me quitáis las riquezas. Mi vida son ellas. Vosotros no sabéis...

1.<sup>º</sup> ¡Qué! ¿Su valor? No hayas miedo que se malbaraten.

MARSILLA: ¿Hay entre vosotros alguna fe?

¿Sabéis lo que es la palabra de un caballero? Yo soy Marsilla.

1.<sup>º</sup> ¿Marsilla? Tú serviste a don Pedro contra el ejército de la Iglesia. Aquí tenéis un paladín de la tabla redonda, que nos ha quitado a los buenos católicos el quemar en Francia más de cien herejes.

2.<sup>º</sup> Tan hereje será él como ellos.

MARSILLA: Un día, pocas horas que estuvie-

sen en mi poder esas prendas, me harían feliz.  
Aun sin venir a mi poder... Si no sois tigres, si  
hay entre vosotros algo de humano... hacedme  
una gracia, y os bendeciré... Ángeles seréis para  
mí. ¡Si pudierais penetrar la sinceridad con que  
os hablo.. ! Si uno de vosotros llega a Teruel. . a casa de Segura...

Si le muestra esas joyas y le  
dice: «De Marsilla son», no necesito más, huya  
luego con ellas.

LOS BANDIDOS ¡Ah, ah, ah, ah! (Riéndose.)

1.º ¡Buena ocurrencia! Para que le echasen el  
guante a mano salva.

2.º El hombre está loco.

MARSILLA: Por cuanto hay más sagrado...

2.º ¿Qué hay sagrado para un albigense con  
ribetes de moro?

1.º ¡Y que no tiene humos que digamos el man-  
cebo! Como que en rigor debíamos...

MARSILLA: ¡Bárbaros! ¡Infames ladrones!

2.º Capitán, ¿le saco la lengua a este atrevido?

MARSILLA: Matadme: si no, ni uno siquiera  
de vosotros ha de salvar la vida. No sabéis aún  
quién es el que habéis sorprendido cobarde-  
mente... como cobardes que sois, como villanos.

Juro a Dios vivo no descansar hasta que haya  
exterminado al último de vosotros. De estos  
mismos árboles ha de pender vuestros cadáve-  
res destrozados.

2.º A este pájaro es preciso torcerle el pescuezo.

1.º Al cabo es un defensor de los albigenses.

2.º Un excomulgado.

3.º Un aleve que nos quería alucinar para pes-  
carnos.

2.º ¡Muera! (Diríjese a MARSILLA para atrave-  
sarle con la lanza, y al alzar el brazo le hiere  
una saeta.) ¡Me han herido! ¡Favor!

ALGUNOS BANDIDOS ¡Un saetazo!

TODOS ¡Qué es esto? (Se oye un silbido.)

1.<sup>º</sup> ¡El aviso del centinela! Estamos descubiertos.

TODOS Huyamos. (Huyen, llevándose, o más bien atropellando al herido, que va a caer fuera de la es cena.)

## **ESCENA II**

MARSILLA: . ADEL.

MARSILLA: ¿Quién nos protege? A nadie veo.  
Desesperación, dame ahora tus fuerzas. ¡Que  
han de resistir estos cordeles a manos que han  
roto hierros!

ADEL: No te fatigues en esfuerzos inútiles: el  
nudo que me ata las muñecas se va aflojando...,  
pero tan lentamente, ¡voto al ángel Reduán!

MARSILLA: ¡Perder mis tesoros al tocar la  
dicha!

ADEL: ¡Veo al que lleva la arquilla! Va detrás  
de todos.

MARSILLA: ¡Maldición!

ADEL: Le han disparado una saeta...; el herido  
se apoya en un árbol. Un joven sale a socorrer-  
le. No, le arranca la arquita... el malvado cae...  
el joven desaparece con ella. Ya no veo a nadie.

MARSILLA: Perdí hasta la última esperanza.  
¡Y me han dejado la vida! ¡Ah! Tal vez en este  
mismo instante... ¡Isabel! ¿Hay tantos tormentos?

ZULIMA: (Dentro.) Te falta el de oírme.

## **ESCENA III**

ZULIMA: . DICHOS.

MARSILLA: ¡Cielos! La voz de la desgracia es ésta.

¿La conoces?

ADEL: Conózcola de suerte...  
cual conoce a su víctima la muerte.

(Sale ZULIMA con arco y aliaba.)

MARSILLA: ¡Aquí Zulima!

ZULIMA: Sí; ¿de qué te asombras?

¿No hay nada entre los dos que nos reúna?

Por el Amir a muerte condenada,  
¿no fuiste tú mi salvador? ¿La puerta  
de la terrible cárcel no me abriste,  
y vida y oro y libertad me diste?

Vida y riqueza y libertad te vuelvo.

Nada más natural, nada más justo.

Libre estás.

(Corta con el puñal de ADEL, que estaba en el suelo, los cordeles que sujetaban a MARSILLA.)

ADEL: Yo también. (Soltándose por sí propio.)

MARSILLA: (Cogiendo del suelo su espada.)

ZULIMA: ..., el tono  
me aterra de tu voz..., es del infierno,  
y de un ángel tu acción. Mi pecho anhela  
su gratitud mostrar, y... El tiempo vuela:  
a Dios.

ZULIMA: ¿A dónde vas? ¿Por tu tesoro?

Velo aquí, por mi diestra rescatado.

Yo la seña he fingido: la sabía,

(MARSILLA arroja la espada.)

y ella y este arco fiel te han libertado.

Mi vida por la tuya hubiera dado,  
pues... con tu muerte mi placer moría.

MARSILLA: ¡Mujer incomprensible! Heme a  
tus plantas.

(Arrodíllase.)

ZULIMA: ¡Triunfá! Así es como yo verte quer-

ía.

Ya estoy contenta: tus riquezas toma,  
(Entrégale el cofrecillo que traía oculto.)  
corre luego a Teruel, vuela a tu amada;  
mas no a la casa que la diera abrigo  
hasta hoy, te dirijas; si has de verla,  
búscala en el harem de don Rodrigo.

MARSILLA: ¡Condenación! ¡Qué dices!  
(Deja caer el cofrecito en el suelo. ADEL levanta  
y guarda su puñal.)

ZULIMA: Tarde llegas.

Tuya no puede ser; ya dio su mano.

MARSILLA: ¡Iras del cielo! No: finges en vano.

Tú ignoras que mi próxima venida  
previno un mensajero.

ZULIMA: Tú no sabes  
cuán a tiempo selló, siempre certero,  
mi brazo el labio de tu mensajero.

Yo vi, yo hablé a Isabel, y de tu muerte  
la noticia le di, y a los bandidos  
avisé que tu viaje detuvieran.

Yo, celebradas de Isabel las bodas,  
te las vengo a anunciar.

MARSILLA: ¡Con que es ya tarde!

ZULIMA: Mira mi gozo, y si pudieres, duda.

La libertad me diste por desprecio,  
por contemplarme débil enemiga.

¡Insensato mortal! ¿No te lo dije  
ya en el harem, que de mi amor ardiente,  
o mi fiera venganza decidías?

¿Quisiste el odio? Sus efectos siente.

MARSILLA: ¡Que es tarde!

ZULIMA: Para siempre a tu querida  
perdiste.

MARSILLA: ¡Para siempre!

ZULIMA: Vive ahora  
para verla de Azagra poseída.

(Vase ZULIMA por la izquierda del actor, y ADEL la sigue con la vista por un momento. ZULIMA vuelve a aparecer subiendo el monte, que ocupa el fondo del teatro, por una senda que hace un recodo hacia la derecha. ADEL entonces se marcha por la izquierda para encontrarse con ZULIMA, la cual, cuando ADEL ya se ha retirado, repara en DON MARTÍN, que llega con dos criados, y se queda oculta detrás de un peñasco en lo más alto del monte. MARSILLA permanece solo algunos instantes en el silencio del abatimiento, apoyado en un árbol.)

## ESCENA IV

DON MARTÍN. DOS CRIADOS. MARSILLA.

MARTÍN: ¡Él es! ¡Hijo querido!

MARSILLA: Padre. ¿Es tarde?

Yo quisiera dudar... ¿Mi mal es cierto?

MARTÍN: Respóndante las lágrimas que vierto.

Hijo del alma, a quien su hierro ardiente  
la desgracia al nacer marcó en la frente,  
tu triste padre que por verte vive,  
con dolor en sus brazos te recibe.

MARSILLA: ¿Quién tu llegada ha retardado?

El cielo...

El infierno... No sé... Facinerosos...

Una mujer... Dejadme.

MARTÍN: ¿La sultana?

¿Esos bandidos que cobardes huyen  
de los soldados que conmigo traje?

¿Te han herido?

MARSILLA: ¡Ojalá!

MARTÍN: ¿Te han despojado?

MARSILLA: Nada he perdido. La esperanza  
sólo.

MARTÍN: ¡Suerte cruel! Cuando el fatal sonido

de la campana término ponía...

MARSILLA: ¡La pérvida anunciar la muerte  
mía!

MARTÍN: ¿Lo sabes?

MARSILLA: De ella.

MARTÍN: ¡Horror! Entonces era  
cuando Celada, el habla recobrando,  
la traidora noticia desmentía.

Corro al templo anheloso; el bronce suena,  
y la sangre y el paso me detiene.

De la ansiedad ahogado y de la pena,  
llego al sagrado umbral. «Marsilla viene»  
exclamo..., y de los pies del sacerdote  
miro alzarse a los dos. Caigo sin vida...

¡Eran esposos ya! Tu bien perdiste...

Pero aún te quedan padres, hermanos,  
almas que sientan tu abandono triste.

MARSILLA: ¡Padres! ¡Hermanos! ¿Para qué  
me quieren,  
ni qué les deberé? Tesoros traigo...  
Vedlo...

(Designa con el pie la arquita, que los criados  
recogen, como también los demás efectos es-  
parcidos por el suelo.)

Luego veréis sedas, alfombras,  
caballos con jaeces, armaduras...

Allí viene el escudo destrozado  
que vio asombrada aparecer Castilla,  
el Garona besar su aciaga orilla,  
Palestina de gloria coronado.

Riquezas con honor diome la suerte.

Para vosotros son. ¿Qué hay en mi patria  
para mí? ¿Qué hallaré? Vacío, muerte.

No hay un amor, una Isabel, no hay nada.

¡Padres! ¡Hermanos! ¿Quién a mi adorada  
sustituye en mi pecho? Potestades  
del mal, a quienes Dios para juguete  
me quiso dar, reíd; ya conseguisteis  
llevar hasta su fin mi desventura.  
Solemnizad, espíritus dañados,

mi desesperación. Tus calabozos  
ábreme, infierno; a sepultarme en ellos  
me impele mi furor, y me señala  
de la venganza el criminal camino.

¿Dónde está la que pérvida insultaba  
la miseria y horror de mi destino?

MARTÍN: Su castigo abandona al justo cielo.  
La maldición persígala de un padre  
cuyo pecho llenó de desconsuelo.

MARSILLA: ¿Del cielo os prometéis justo cas-  
tigo?

¿De ese cielo al delito favorable,  
de las virtudes áspero enemigo?  
Mas sí, veréis que a mi furor entrega  
esa mujer fatal, porque su sangre  
cubra de mengua y de baldón mi frente.

Y ¿qué me importa el deshonor? Ardiente,  
bárbara sed de sangre me devora.

Verterla a ríos para hartarme quiero,  
y cuando más que derramar no tenga  
la de mis venas soltará mi acero.

MARTÍN: Hijo, modera ese furor.

MARSILLA: ¿Quién hijo  
me llama ya? Con vínculo ninguno  
ligado al hombre estoy, de la venganza  
vivo no más. ¡Venganza! Llega ahora,  
ven a gozarte en mi dolor, traidora.  
Si abre sus senos para guarecerte  
la tierra, en ellos te daré la muerte.  
Y tú la seguirás, rival feliz.

Tú la has de preceder. ¿No eres la causa  
primera de mi mal, de los que sienta  
la que ya tuya llamarás? ¡Oh! Nunca  
lo será, no, juro a los cielos. Antes  
de salir de Teruel y de Valencia  
sangre mis pasos señalar debía.  
Fruto es mi perdición de mi imprudencia.

Todo viene a avivar la rabia mía.  
Pero no de ese triunfo haréis alarde:  
para acabar con ambos aún no es tarde.  
MARTÍN: ¡Desgraciado! ¿Qué intentas?  
MARSILLA: Con el crimen  
lazos romper de crimen. Una vida  
de Isabel me separa: que perezca.  
MARTÍN: Hijo...  
MARSILLA: Perecerá.  
MARTÍN: No...  
MARSILLA: Maldecido  
mi nombre sea si la sangre aleve  
de mi rival no vierto.  
MARTÍN: Es poderoso.  
MARSILLA: Marsilla soy.  
MARTÍN: Mil deudos le acompañan...  
MARSILLA: Mi rabia a mí.  
MARTÍN: Respeto te merezca  
un vínculo...  
MARSILLA: Es sacrílego, es injusto.  
MARTÍN: En presencia de Dios formado ha  
sido.  
MARSILLA: Con mi presencia queda destrui-  
do. (Vase.)  
MARTÍN: ¡Piadosos cielos! A perderse corre  
si próvido mi amor no le socorre.  
(Vanse DON MARTÍN y los criados.)

## **ESCENA V**

ZULIMA: . ADEL, que le sale al encuentro.

ZULIMA: ¿Vas a librarte de un rival? Yo acudo su riesgo a prevenir, y si es preciso, de mí me olvidaré, siendo su escudo.

ADEL: Tus pasos atajar el cielo quiso.

¡Muere! (Hiérela y cae.)

ZULIMA: ¡Traidor! ¡A mí...! Si vence... ¡Ay!  
Muero. (Expira.)

ADEL: Tu esposo y rey te condenó en Valencia,  
y a ejecutar me envía la sentencia.

## **ACTO V**

Habitación destinada a ISABEL en casa de DON RODRIGO. Una gran ventana sin reja en el fondo que da vista a un jardín alumbrado por la luna. Luces en la escena.

## ESCENA I

MARGARITA: . ISABEL.

ISABEL: No me digáis nada; dejadme sosegar este momento en que se ha ausentado mi esposo. Porque ya es mi esposo, ¿no es verdad, madre? Sí, me han dicho en la iglesia no sé qué cosas, me han hecho pronunciar no sé qué palabras; y con esto, ya no soy mía; ya soy de otro; y yo debo ser otra también. ¿No es esto lo que queríais decirme? Ya veis que no es necesario: yo lo sé como vos.

MARGARITA: No, no es eso lo que quiero decirte: quiero mostrarte mi arrepentimiento; quiero que conozcas lo que padece tu madre. ¿Cómo me atrevo a llamarla madre? Soy un verdugo que te ha sacrificado sin piedad. ¡Hija adorada! Créeme; un espíritu maligno me ha cegado. Él era el que me susurraba al oído en voz temerosa las palabras: «vergüenza, deshonor, castigo». Él me presentaba sin cesar a los ojos el espectáculo de la ira, del dolor de un esposo; él me restituye la razón para que vea toda la extensión de tus males, ahora que es imposible su remedio.

ISABEL: Y bien, si no tienen remedio, ¿a qué recordarlos? Decís que padecéis; lo creo, yo también padezco. Decís que me habéis sacrificado; os engañáis, yo soy quien se sacrifica.

Decís que os arrepentís; yo alguna vez también me arrepiento, pero por fortuna ya es tarde.

MARGARITA: ¡Ojalá pudiese aún aceptar todo el cúmulo de ignominia que me amenaza- ba, para dejarte libre en tu elección!

ISABEL: ¡Todos me han querido dejar libre, y todos me han presentado cadenas! Pero vos, madre... ¿qué más podíais hacer? Gracias, ma- dre mía. Vos sí que os sacrificabais por mí. ¡Oh! no os aflijáis: no atendáis a mis palabras, por- que nada expresan sino la confusión y el atur- dimiento: desde esta mañana no sé qué es de mí. Cuando he venido a esta sala, era para bus- car una persona, para saber una nueva: ya no sé a quién buscaba, ni qué quería saber. En tal estado, ¿qué puedo hacer sino delirar? Más vale que delire a solas; así no os atormentaré. ¡Ah! Yo creo que buscaba a don Rodrigo para pedir- le que mañana me llevase a la Corte, a Castilla, muy lejos.

MARGARITA: Entró un paje a decirle que le buscaba un caballero: le estará hablando.

ISABEL: ¡Ya me acuerdo! ¿Ha llegado, madre mía?

MARGARITA: ¿Quién?

ISABEL: ¿Quién puede ser? ¿No le he nom- brado? Marsilla.

MARGARITA: Sí, ya ha venido.

ISABEL: Por esto quería yo huir de Teruel, por no verle. Ésta es la noticia que yo esperaba.

¡Cuánto me alegraría de verle! Pero, ¿verdad que no debo, madre mía?

MARGARITA: No, no le veas, no le oigas, no te oigas a ti misma.

ISABEL: Sí, aquí siento (Indicando el corazón.) una voz que me dice: «Él te ama, ámale»; pero aquí (Señalando la frente.) me grita otra: «Él

puede amarte: tú no le debes amar». ¿Le habéis visto vos? ¿Cómo viene? ¡Mal desasido aún de los brazos de la muerte, hacer un viaje tan precipitado! ¿Si estará muy triste? Y aunque no lo estuviera... no le digáis cuál me hallo yo.

MARGARITA: Aún no le he visto, pero quiero verle: me importa consolarle, aconsejarle...

ISABEL: ¡Oh! Sí, vedle madre mía, vedle cuanto antes: hacedle que os cuente sus aventuras, y con eso... Pero no, vos no debéis contármelas a mí. Mirad, yo quisiera que le dijeseis, no que amo a su rival, porque no lo creería; no que le he olvidado a él, porque le costaría caro el creerlo: le podríais decir que mi pasión se ha debilitado... Esto es falso, pero no importa. Que he dado voluntariamente la mano a don Rodrigo; esto es verdad, bien lo sabéis. Que respete mi estado, que no procure verme, que no me siga...

MARGARITA: Que se esfuerce a olvidarte.

ISABEL: No, yo no quiero que me olvide. ¿Por qué ha de olvidarme? ¿Le he de olvidar yo a él por ventura?

MARGARITA: Sí, hija mía, sí le olvidarás. Dios, que tiene en la mano los corazones, premiará vuestra virtud con la tranquilidad del espíritu. Dios se rendirá a mis ruegos, y todas las angustias de vuestras almas las trasladará a mi pecho; a mí me servirán de justificación, y vosotros gozaréis aquella paz a que sois tan acreedores. No lo dudes, hija mía; no digas que lo dudas, si quieres que viva. A Dios, Isabel; te dejo sola como deseas, pero con sentimiento: jamás me ha sido tu presencia tan necesaria. Delante de ti mis remordimientos enmudecen, porque tu virtud los refrena; lejos de ti nada hay que se oponga a su dominio. Hija mía, a Dios. (Vase.)

## **ESCENA II**

ISABEL: .

ISABEL: Sí, madre, confía,  
verás cómo cesa  
bien pronto en mi pecho  
la brava tormenta:  
no pueden sus olas  
entrar en la huesa.  
Por eso esta mano  
mi vida respeta:  
ningún moribundo  
su fin acelera.  
Pues si esta esperanza  
faltase a mi pena,  
si el hórrido cuadro  
que pinta la idea  
mi suerte futura  
creyese que encierra,  
¿quién a mi despecho  
límite pusiera?  
¡Vivir con el hombre  
que ser hoy me vedá  
la más venturosa  
de toda la tierra!  
¡Oh! No es tan escasa  
en Dios la clemencia.  
¿No es cierto, Dios mío,  
que ya satisfecha

con tantos afanes  
tu justicia queda?  
¿Que, ya fenecido  
el tiempo de prueba  
que a mí y a Marsilla  
prescrito nos fuera,  
nos luce la aurora  
de la recompensa?  
Sí, desde ese trono  
donde tu grandeza  
sobre serafines  
las plantas asienta,  
benévolamente miras  
las lágrimas nuestras,  
y el ángel de muerte  
que rompa le ordenas  
el arca de barro  
que al alma encarcela.  
Tú el seno divino  
que amor sólo alberga  
piadoso nos abres,  
en él nos estrechas,  
coronas de triunfo  
nos ciñe tu diestra,  
y amarnos, y amarnos  
por siempre nos dejas.  
Sí, yo lo conozco  
mi hora se acerca;  
por desenlazarse  
mis miembros pelean.  
No puedo tenerme,  
se rinden mis fuerzas;  
ya nada distingo  
de cuanto me cerca.  
(Recuéstate en un escaño y permanece inmóvil  
algunos instantes.)

## **ESCENA III**

MARSILLA: , que entra por la ventana. ISABEL.

MARSILLA: Desconozco el lugar. ¿Dónde me encuentro?

¿Podrá ser ésta de Isabel la estancia?  
Nada hay en ella de Isabel. ¡Qué miro!  
Una mujer... qué plácida descansa.  
No turbemos...

ISABEL: (Abriendo los ojos.)

¡Ay Dios! ¡Un hombre! ¡Cielos!  
¿No es él? ¡Él es! Si vienen, si le hallaran...  
¿Tendré valor de huir?

MARSILLA: Mi pecho dice  
que Isabel está aquí.

(Vuelve a mirar a ISABEL, la conoce, y se acerca a ella con los brazos abiertos: Isabel se desvía.)

¡Prenda adorada!

ISABEL: ¡Marsilla!

MARSILLA: ¡Dulce bien!

ISABEL: Detente. ¿Cómo  
te atreves a poner aquí la planta?

Si te han visto llegar... ¿A qué has venido?

MARSILLA: Por Dios... que lo olvidé. Pero ¿no  
basta  
para que vuelva a su Isabel Marsilla  
el deseo del goce de mirarla?

¡Oh, qué hermosa a mis ojos te presentas!  
Nunca te vi tan bella, tan galana...  
y un pesar, sin embargo, indefinible  
me inspiran esas joyas, esas galas.  
Arrójalas, mi bien; toca modesta,  
cándida flor en mi jardín criada,  
vuelvan a ser tu angelical adorno:  
mi amor se asusta de riqueza tanta.

ISABEL: Su razón adolece del delirio (Aparte.)  
que primero en la mía dominaba.

MARSILLA: Ya mi susto cesó: veo en tu mano  
la señal de tu fe. Tú me esperabas,  
y deslumbrar mis ojos pretendiste.  
Este anillo es la joya que me agrada.  
(Tómale una mano para besársela.)

¡No es el mío! ¡Qué horror! Sierpe se vuelve,  
y a devorarme viene las entrañas,

ISABEL: ¿No conoces qué indica este atavío  
que no puedes mirar sin repugnancia?

Nuestra separación...

MARSILLA: ¡Poder del cielo!

Sí. ¡Funesta verdad!

ISABEL: ¡Estoy casada!

MARSILLA: ¿Cómo pudiste enajenar tu mano?

ISABEL: ¡Don Diego!

MARSILLA: Pero, ¿cómo la negaras?

El temor... la violencia... sin saberlo  
formó el labio la fatal palabra.

¿No es verdad, Isabel?

ISABEL: El cielo sabe,

y como él sabes tú, si yo te amaba.

Y con todo, Marsilla... ¿lo creyeras?,  
al altar he llegado voluntaria.

MARSILLA: ¿Es Isabel a quien escucho? ¿Sa-  
bes

que te acusas de pérvida, de falsa?

ISABEL: ¡Yo pérvida! ¡Gran Dios!

MARSILLA: No, no lo creo.  
No movió la cruel desconfianza  
mi labio, fue el dolor, es la sorpresa...  
Dime... dime tan sólo que me amas.

ISABEL: Mi deber...

MARSILLA: Es amarme.

ISABEL: Tengo esposo.

MARSILLA: Tus bodas a la ley y a Dios ultra-jan.  
Mía es tu mano, me la dio el cariño,  
y de un usurpador vengo a cobrarla.

ISABEL: ¿No miras dónde estás? Estas paredes  
enemigas te son.

MARSILLA: No temas nada  
ni por mí, ni por ti; no estoy yo solo,  
mi valor y mi acero me acompañan.

ISABEL: , si cediste a la violencia,  
dilo, si con halagos engañada,  
si fuiste por el brillo seducida  
de las riquezas, dímelo: sé franca,  
yo indulgente seré. Si ya en tu pecho  
la fe que un día me tuviste falta,  
decláralo también; amor u olvido  
de ti reclamo. De mi vida fallas  
o de mi muerte: di, que muerte o vida,  
como venga de ti, me será grata.

ISABEL: ¿Qué podré yo decir? Dios lo ha querido.

El término expiró; fueme anunciada  
tu muerte; yo creída...

MARSILLA: ¿Y tus promesas?  
Cuando resuelta la partida aciaga  
de ti me despedí, ¿qué me dijiste?  
«Parte, que tu Isabel fina te aguarda.  
O mi mano mis padres te conceden,  
o me consagro a Dios.»

ISABEL: Si penetrara  
mi corazón tu vista... si supieras,  
no de este enlace la secreta causa,  
¡no!, lo que me ha costado de suspiros  
rendir el cuello a la coyunda sacra,  
lágrimas de piedad en vez de quejas  
te debiera mi suerte desgraciada.  
¡Qué! La Isabel a quien llamaste tuya,  
¿no pudo merecerte que pensaras  
que cuando a Azagra abandonó su mano,  
para siempre de ti la separaban  
obstáculos inmensos y terribles  
que superar no pudo fuerza humana?  
MARSILLA: ¡Obstáculos! ¡Secretos! ¿Cuáles?  
Dilo.

ISABEL: Jamás.

MARSILLA: ¿Así te justificas? Habla.

ISABEL: Imposible, imposible.

MARSILLA: ¿Desde cuándo  
tuvo en tu pecho la reserva entrada  
para tu amante?

ISABEL: (Aparte.) ¡Oh madre!

MARSILLA: ¿No respondes?

ISABEL: Respeta los secretos de una dama...  
Suponte de mi muerte persuadido  
en un rincón del África o del Asia,  
supón que allí una voz, voz revestida  
de la más fuerte y seductora magia,  
voz cuyo acento penetrante esfuerzan,  
en la más favorable circunstancia,  
naturaleza, gratitud, y todo  
cuanto puede hallar eco en tus entrañas,  
a tus oídos suplicante llega,  
y un sacrificio enorme te demanda,  
sacrificio de vida para alguno,  
de muerte para ti que la anhelaras...  
di, ¿no te hubieras como yo casado?

MARSILLA: Jamás; nada respeta quien bien ama.

Todo el amante fiel lo sacrifica  
en el altar del numen que idolatra.

¿Piensas que en esta ausencia no ha sufrido  
mi fino corazón recias batallas?

¿No viste a esa mujer que de mi muerte  
te dio la nueva, por desdicha falsa?

Esa mujer me amó: yo el sacro nudo  
que la unía al rey árabe ignoraba;  
ella mi ley y la fortuna mía  
se prestaba a seguir; ya desdeñada,  
con horrido suplicio rencorosa  
me amenazó: ni halago, ni amenazas,  
ni el grito que en mi cuerpo falleciente  
naturaleza con espanto alzaba,  
que vacilase conseguir pudieron  
el tesón varonil de mi constancia.

Tuyo viviendo, tuyo en el sepulcro  
me quise conservar. En vano tratas  
de asemejarme a ti: veo con pena,  
¡pena cruel que me destroza el alma!,  
que creyendo tu pecho igual al mío,  
mi cariño leal se equivocaba.

ISABEL: Pues bien, Marsilla... ¿para qué negarlo?

Preciso es confesar que soy culpada.

Nada a tus ojos excusarme puede.

Todo me acusa y en mi daño clama.

Perdón, Marsilla; si capaz he sido  
de faltar a la fe que te jurara,  
tú, que nunca cesaste de quererme,  
tú me perdonarás. Arrodillada,  
deshecha en llanto, tu Isabel te pide  
perdón, piedad. Merézcate esta gracia...  
porque la miras por la vez postrera.  
Lleve yo a la presencia soberana

del sumo Juez, que al tribunal eterno  
ya con tremenda voz llegar me manda,  
este favor de ti. Sin perdonarme,  
por Dios, Marsilla, que de aquí no salgas.  
MARSILLA: ¡Tú a mis pies! ¡Tú culpable te  
confiesas,  
ISABEL: ! Mas ¿qué importa? Tú me engañas.  
Lo que tu acción, lo que tu labio dice  
lo desmiente ese llanto que derramas.  
No es ese llanto de arrepentimiento,  
no, que es de amor, de amor puro, sin tacha,  
fiel como el mío, sí. Luz de mis ojos,  
cesa ya de llorar, cesa, levanta.  
Dame la vida en una voz.  
ISABEL: ¿Prometes  
una orden mía obedecer?  
MARSILLA: ¡Ingrata!  
¿Cuándo me rebelé contra tu gusto?  
¿Mi voluntad no es tuya? Dispón, habla.  
ISABEL: Júralo.  
MARSILLA: Sí.  
ISABEL: Pues bien: yo te amo. Vete.  
MARSILLA: ¡Cruel! ¿Temiste que ventura tan-  
ta  
me matase a tus pies, si tu dulzura  
con la hiel del dolor no iba mezclada?  
¿Cómo esas dos ideas enemigas  
de amor y de destierro hiciste hermanas?  
ISABEL: Ya lo ves, no soy mía; soy de un  
hombre  
que me hace de su honor depositaria.  
Deslindar sus derechos es en vano:  
yo debo serle fiel, Dios me lo manda.  
MARSILLA: , virtuosos hemos sido  
hasta aquí; la pasión que nos inflama  
es una virtud más: ¿por qué pretendes  
en la última prueba profanarla?

Si añadir que te adoro es necesario,  
que en mi pecho tu imagen estampada  
siempre conservaré, yo lo repito,  
yo lo juro; mas huye sin tardanza.

Libértame de ti, sé generoso,  
libértame de mí.

MARSILLA: No sigas, basta.

¿Tú la ausencia me intimas? Es la muerte.

¿Cómo puedo vivir sin esperanza?

Yo proteger tu vida pretendía,  
pero tus padres suplirán mi falta.

No temas, no, que de mi fin te acuse.

Contento muero porque tú lo mandas.

Permite en recompensa que te estrechen  
mis brazos una vez, y que su estampa  
deje en tu frente cándida mi labio.

ISABEL: No es posible, Marsilla: soy casada.

MARSILLA: Es mi postrera súplica.

ISABEL: ¿No tienes  
piedad de una mujer enamorada?

MARSILLA: ¡Oh!, tenla tú de mí. Será el abra-  
zo

de un hermano dulcísimo a su hermana,  
cual mi fe tierno, cual tu frente puro.

ISABEL: No te acerques.

MARSILLA: En vano me rechazas.

ISABEL: ¡Dios eterno! ¡Salvadme! Deteneos,

MARSILLA: , o grito a don Rodrigo...

MARSILLA: Llama,  
llámale, fermentida; mas no creas  
que tu voz oiga y a tu grito salga.

No lisonjeros plácemes oyendo,  
su vanidad en el estrado sacia,  
no; lejos de los muros de la villa  
muerde la tierra que su sangre baña.

ISABEL: ¡Qué horror! ¿Le has muerto?

MARSILLA: ¡Pérfida! ¿Te afliges?

Si lo sospecho, ¿quién le libra? ¡Oh rabia!

ISABEL: ¿Vive?

MARSILLA: Merced a mi clemencia loca,  
vive: apenas cruzamos las espadas,  
ya en su costado se clavó la mía:  
un momento después postrado estaba  
su orgullo en tierra, en mí poder su acero.  
¡Oh maldita destreza de las armas!

¡Maldito el hombre que virtudes siembra  
si ha de coger cosecha de desgracias!  
No más humanidad, crímenes quiero.

A ser cruel tu残酷 me arrastra,  
y en ti la he de estrenar. Al punto, ahora  
vas a salir conmigo de esta casa.

ISABEL: No, no... ¡Dios mío! ¡Quítame la vida!

MARSILLA: Me seguirás.

ISABEL: ¡Desventurado...!

MARSILLA: Calla.

Ya nada escucho.

ISABEL: ¿Has de atreverte...?

MARSILLA: A todo.

Si es ya preciso. ¿Sabes que se trata  
de tu vida, infeliz? ¿Sabes qué dijo  
el cobarde que lloras desolada  
al caer en la lid? «Tuyo es el triunfo,  
pero medios me quedan de venganza.»

ISABEL: ¿Qué dijo? ¿Qué? (Aterrada.)

MARSILLA: «Me vengaré en don Pedro,  
en Margarita, en Isabel; un arma  
a los tres herirá.»

ISABEL: ¡Santos del cielo!

Corramos, estorbemos... -¿Dónde se halla?

Dilo.

MARSILLA: Esposa leal, deja el cuidado:  
ya a tu padre dispuse que avisaran,  
y a su lado estará.

ISABEL: (En la mayor desesperación.)

¡Tú me has perdido!  
La desventura sigue tus pisadas.  
MARSILLA: Va con tu padre el juez; nada re-  
celes.  
ISABEL: ¡Para esto di mi mano!  
MARSILLA: ¡Desdichada...!  
ISABEL: ¿Qué es lo que hiciste?  
MARSILLA: Tu traición revelas.  
¡Impostora! -¡Y decía que me amaba!  
ISABEL: ¡Hombre de maldición! ¡Ojalá nunca  
de Teruel las almenas avistaras!  
¡Cruel! ¿Amor a reclamar te atreves  
de una mujer por ti despedazada?  
Ya te aborrezco.  
MARSILLA: ¡Oh Dios! ¡Ella lo dice!  
(Cae en un escaño como herido de un rayo.)  
No puedo más.  
ISABEL: ¡Qué miro! Se desmaya.  
Perdóname un momento de despecho...  
MARSILLA: Isabel me aborrece... ¡Me engaña-  
ba!  
Aquí siento... ¡qué angustia! Yo la adoro...  
y ella me aborrecía... ella me mata. (Muere.)  
ISABEL: ¡Madre mía! ¡Favor! Marsilla... ¡Cie-  
los!  
Parado el corazón, la frente helada...

## ESCENA IV

DICHOS. MARGARITA. Después DON PEDRO, seguido de algunos CABALLEROS, DAMAS y CRIADOS.

MARGARITA: ¡Qué es esto! ¿Por qué gritas, hija mía?

ISABEL: Socorredle, salvadmele.

MARGARITA: ¡Qué veo!

¿Se halla herido también? Cuando disipa por fin Azagra mi inquietud, encuentro...

(Salen DON PEDRO, damas, caballeros y criados.)

PEDRO: ¡Marsilla!

ISABEL: (A su padre.)

Sí, no me culpéis. (A su madre.)

Su vida...

MARGARITA: (Después de haber tentado las manos de MARSILLA.)

¡Huye de aquí, infeliz!

ISABEL: ¿Con que ya es muerto?

TODOS. ¡Muerto!

ISABEL: Yo le maté: quise alejarle... que le odiaba le dije... El sentimiento, el espanto... ¡Y mentí!

PEDRO: Ven, hija mía.

ISABEL: Pero también de mí se apiada el cielo.

Ya de la eternidad me abre la puerta, y de mis ojos huye el mundo entero,

y una tumba diviso solamente  
con un cadáver, y a su lado un hueco.  
¡Marsilla...! Yo te amé, siempre te amaba...  
Tú me lloraste ajena, tuya muero.  
(Arrójase sobre el cuerpo de DON DIEGO, y  
expira quedando de rodillas abrazada con él.)

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE  
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE  
[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA  
WEB**